



CRÂNEO DE PLATA



JOHNNY GARLAND

CRÁNEO DE PLATA



Cráneo de plata

por

JOHNNY GARLAND



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51-63

B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1960

Depósito legal: B. 11.747 – 1960

Número de Registro: 5.030 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PRÓLOGO

Había sido muy difícil. Pero ya había logrado alcanzarlo.

La fortuna siempre le fue esquiva. Incluso tal vez ahora, después de todo, no fuese más que un prometedor principio, sin la necesaria y ambicionada continuidad. Pero, a fin de cuentas, era un principio. También una iniciación a sus nuevas esperanzas.

Pero ya era algo tener esperanzas. Y tener algún dinero.

Aquel mineral, aquellas pertenencias que ahora llevaba consigo en su pequeña nave viajera, eran el primer resultado positivo de una lucha de años. Acaso entre todo ello, no llegase a reunir dos mil libras internacionales. Pero ya era mucho para empezar. Sobre todo para él, siempre tan desheredado de la fortuna y de la suerte.

Le había costado ciertamente lo suyo. Dos años, dos larguísimos años de lucha y de decepciones, de hambre y de miseria en las yermas llanuras pedregosas de Venus, no eran para que nadie los envidiase. Otros preferían colonizar las zonas pantanosas, edificar ciudades, cultivar líquenes y vegetación venusina. Se consideraba un duro trabajo, desde luego. Pero ninguno podía compararse en dureza, en inclemencia y en desaliento, al de buscar minerales valiosos en los páramos planetarios recién abiertos al hombre.

El clima, venusino, insalubre, con atmósfera pobre en oxígeno, no era precisamente el más apropiado para un organismo humano. Y él, como tantos otros, había apelado a la bebida como uno de los medios más eficaces de mantener las energías y de olvidar un poco donde se encontraba.

Ahora todo había terminado. Hizo formal promesa, al abandonar Venus con su pequeña nave monoplaza, adquirida en Base Venus-Dos, con parte de sus beneficios en mineral, de que no volvería a beber. Ahora disfrutaría de su pequeña fortuna, organizaría la búsqueda de más mineral, pagando a otros para que lo hicieran por él, ya que su naturaleza podría verse gravemente afectada, si llegaba a regresar por otra larga temporada a Venus.

Disponía de medios para financiar una expedición ahora, para que otros hombres cuidaran de arrancar al suelo de Venus los ricos minerales que le convertirían en un hombre rico.

Sí, Homero Lunden era un hombre feliz ahora.

Esa felicidad le había costado muchos años de lucha, de sinsabores y de amarguras. Tampoco era ya el hombre saludable y fuerte que acudió a la llamada di Venus varios años antes. Pero, al menos, era rico.

Y aunque Homero Lunden era un poco filósofo, y aseguró siempre a cuantos quisieron oírle que el dinero no producía la felicidad, estaba seguro de que contribuía en mucho a proporcionar al ser humano muchas alegrías que sin dinero no era posible alcanzar.

Por todo eso, y por sus dos mil libras internacionales en “colpax” y “tungan”, los dos valiosos minerales venusinos obtenidos, Homero Lunden era un hombre feliz.

E incluso se puso a canturrear alegremente “Yo encontré el oro de las estrellas”, mientras conducía su pequeño reactor hacia la Tierra, de regreso a la vida.

Le faltaba muy poco para alcanzar el querido planeta, el viejo mundo del que había salido con los primeros emigrantes planetarios, dispuesto a luchar por la fortuna o a morir en el empeño.

Se volvió hacia la estrella matutina, la radiante y luminosa chispa que era Venus en los cielos. Le sonrió. Agitó la mano hacia ella, como si fuera la despedida a una vieja amiga.

— Gracias, hermana — dijo Homero Lunden burlonamente—. Muchas gracias, hermana Venus....

* * *

El piloto se volvió lentamente a su compañero de cabina. El rostro, bajo el casco de negra goma, era inexpresivo, duro y rígido.

—Avisa a los otros —dijo lentamente—. Nave a la vista. Diez grados al noroeste.

El copiloto asintió. Se incorporó lentamente, tras pulsar un botón rojo. Dentro de la larga, amplia nave estelar que circulaba por el vacío, resonó el zumbido que aquel resorte producía.

— ¿Atacarnos? — preguntó el que se había incorporado.

—Sí. Ya conoces el informe: “colpas” y “tungan”. Según los expertos de Venus, más de dos mil libras internacionales.

—Traducido a dólares...— rio el otro.

—Doscientos cincuenta mil. Una bagatela—rezongó jovialmente el piloto.

—Sí, ciertamente...—se inclinó, abriendo la caja metálica de un armario empotrado en el panel de la nave—. No es de despreciar. El

jefe creo que estará de acuerdo en despojar a ese viajero. Es uno solo, ¿verdad?

—Uno solo. Es una nave monoplaza.

El hombre en pie asintió, pensativo, mientras se ajustaba un cinturón, provisto de un cuchillo electrónico, una pistola congeladora y otra de balas adormecedoras,

Luego, extrajo del armario algo de extraño aspecto. Eran dos piezas iguales. Tendió una al piloto con una sonrisa.

—Toma. ¿No te pones esto?

—Diablo, no me gusta — farfulló el que conducía la nave—. Yo nunca he llevado chismes así. Esto es un negocio, no un carnaval.

El otro dijo:

—El jefe parece ser que quiere las cosas de distinto modo, amigo. De modo que haz lo que quieras. Yo, por mi parte..., voy a ponerme la máscara ahora mismo.

Dejó una de las piezas ante el piloto, que desvió los ojos de ella, disgustado. El hombre que estaba en pie, igualmente vestido con el casco negro de pilotar, y el traje ajustado, de materia refractaria y color negro brillante, como goma o caucho, se aplicó a la cabeza lo que acababa de extraer del armario.

La pieza era flexible y de color plateado. Una vez puesto sobre su cabeza, tenía la horrible apariencia de una calavera humana, ya que se ceñía por completo a la cabeza, ocultándola excepto en las dos rendijas circulares de sus ojos y en unos orificios a la altura de la nariz, para respirar con cierta comodidad.

El hombre así enmascarado quedaba convertido en un ser anónimo, imposible de identificar. La capucha, de caucho refractario plastificado, tenía un intenso color plateado. La ausencia de facciones o de forma concreta que no fuese la del rostro y cráneo que ajustaba, le conferían aquel aire horripilante de huesuda cabeza humana, la de una calavera de fantástico color plata...

—Cielos, provocas auténtico terror — comentó el piloto, al volverse y encontrar su feo aspecto. Se estremeció, y clavó su mirada aprensiva en la otra máscara que esperaba a que él mismo se la ajustase—. No me gusta esto.

— ¿Por qué no? — rio el otro—. Es cómoda... y práctica. Así nadie podrá nunca identificarnos. Tenemos la impunidad asegurada. Y tal vez la gente, al vernos con este aspecto, empiece a cogernos tal miedo, que ni siquiera resistan nuestros asaltos.

El piloto asintió:

—Puede ser. Pero también podría ocurrir que otros muchos

adoptaran la misma moda... y cargáramos nosotros con sus delitos. ¿No has pensado en eso?

— No — el otro se inclinó sobre la pantalla televisora del exterior—. ¡Mira! Ya tenemos ante nosotros al monoplaza. Dispara una andanada de aviso para que pare el motor y flote en el espacio. Ya es nuestra la pieza de hoy...

* * *

La segunda andanada hizo vacilar a la pequeña nave. Homero Lunden, sacudido por el impacto perforador que pasó rozando el fuselaje verde de su pequeña nave espacial, cayó sobre los mandos, rebotó en ellos y rodó por el suelo, mientras su aparato, sin control, empezaba a moverse alocadamente en el vacío.

— ¡Malditos! — aulló, revolcándose para recuperar el equilibrio, lívido y con los ojos dilatados—. ¡Quieren matarme...!, ¡Malditos sean!...

Logró incorporarse a duras penas, apoyado en las paredes de su astronave. Avanzó hasta los mandos nuevamente, y oprimió el control automático, estabilizando al fin la nave, por el altavoz de a bordo, en la onda normal de radio interespacial, llegó una voz fría, ronca y ominosa, que hizo volver a Homero su crispado rostro hacia la rendija, metálica del techo:

— ¡Ríndase! ¡Detenga su aparato, si no quiere ser destruido con él!

Homero Lunden apretó los dientes, que chirriaron agriamente. Le temblaban las manos, aferradas al cuadro de instrumentos de a bordo. No sabía qué hacer, ni siquiera ante qué peligro se hallaba. Lo único cierto es que aquello no era precisamente una broma.

Tomó rabiosamente el micrófono. Gritó por él, moviendo la conexión del emisor de sonidos:

— ¡Estúpidos, dejadme de una vez en paz... o avisaré a las patrullas de vigilancia de la SIP! ¡Vamos, apartaos y no amenacéis más, necios del diablo!

La respuesta fue una seca y metálica carcajada. Luego, un nuevo disparo. Esta vez tan próximo, que desgarró la antena emisora de a bordo. No así la receptora, pero Homero Lunden quedó aislado del exterior. Por el altavoz, llegó el ultimátum:

— ¡Ahora no puede avisar a nadie! Vamos, detenga su nave y no trate de resistir. Es nuestro último aviso. El próximo disparo será al motor. Y con ello, morirá usted, por obstinado.

Homero dejó caer su cabeza canosa, con aire abatido, desolado.

Ya no había otra solución. No podía defenderse de una nave tan poderosa y fuerte como la que disparaba sobre él, y que era capaz de descubrir, cubriendo casi por completo el campo visual de su televisor de a bordo.

Frenó los motores con un tirón violento de la palanca, y situó el indicador de vuelo en punto muerto.

Lentamente, su monoplaza verde fue deteniéndose, frenando la velocidad espacial, siempre perseguido muy de cerca por la nave agresora. Por fin, estuvo completamente Quieto en el vacío.

El otro cohete, que era casi veinte veces mayor, se posó mansamente en el vacío, flanqueando su nave. Homero, en el paroxismo de la ira, y resuelto a vender muy caras su vida y su pequeña fortuna, empuñó su pistola electrónica, dispuesto a carbonizar a cuantos penetraran en su nave.

Pero nadie parecía salir del cohete contrario. Homero empezó a sentirse ligeramente aturdido, mientras esperaba con la vista fija en la única puerta de su nave.

La vista se le nubló. La mano armada empezó a perder fuerza. Sus piernas flaquearon...

Demasiado tarde comprendió lo que estaba ocurriendo, de un modo confuso. Su mente se acorchaba. Los dedos soltaron la pistola electrónica. Se quedó mirando fija, estúpidamente, a la puerta de entrada, incapaz de hacer el menor movimiento, la más leve acción agresiva, ni siquiera defensiva.

Habían filtrado un narcótico o droga paralizante a bordo, antes de entrar ellos. De esa forma, estaban seguros de no hallar resistencia alguna. Homero pudo haber evitado sus efectos, aplicándose el casco espacial autorespiratorio. Pero no lo había sospechado siquiera, y su derrota era el precio del error, ante un enemigo que no descuidaba fácilmente los detalles.

La puerta se abrió. Homero Lunden, reducido a una total impotencia, con los nervios de su cerebro atrofiados por la droga gaseosa introducida en la nave, vio a los extraños y fantásticos personajes que aparecían ante él, armados y moviéndose felinamente, como gatos malignos, surgidos de la noche eterna de los espacios.

La luz azulada de a bordo hizo brillar extraña, fantasmalmente, sus horribles cabezas de plata, como cráneos humanos sin rostro ni cabellos. Los cuerpos negros caminaban suavemente, con felina elasticidad. Las manos enguantadas aferraban las pistolas congeladoras, que hubieran causado su muerte en el acto, de no haber sido adormecido previamente.

Le miraron fijamente.

—Bien. Ahora, coged cuanto de valor lleve a bordo— Ordenó una voz fría, metálica, bajo uno de los capuchones de plata—. Y dejad con vida a ese infortunado. No creo que nos pueda perjudicar mucho en el futuro. Nadie nos puede conocer ahora, con estas máscaras ocultando nuestros rostros...

Homero Lunden oyó esas palabras. No pudo hacer nada por impedir el saqueo, el cobarde atraco espacial. Pero oyó las palabras del jefe de aquellos enmascarados siniestros.

Y vio cómo sus únicas posesiones en la vida, el “colpax” y el “tungan” almacenados en bolsas de plástico en la cabina posterior, eran trasladadas por los demoníacos seres de cabeza plateada a su propia nave.

Supo en ese horrible momento de impotencia, de paralización muscular, pero no mental, que de nuevo volvía a estar en la miseria. Que sus sueños se habían evaporado, lo mismo que la luz de una estrella errante.

Que volvía a su pobreza de siempre, a su ruina material y moral del pasado. Los sueños, los cálculos y previsiones, dejaban de significar ya algo. Un acto de piratería espacial volvía a pulsarle en la miseria más abyecta.

Y esta vez, para siempre...

CRÁNEO *de* PLATA



CAPÍTULO PRIMERO

¡LLAMEN A LA SIP!



ONALD CALLOWAN respiró profundamente y apartó de sí los informes cablegrafiados desde diversos puntos de la Tierra. También de Ciudad Marte, de Base Venus-Dos, de Luna-Término y de otros lugares del actual mundo habitado por los hombres.

— Otra vez esos individuos —gruñó entre dientes-, ¡Diez millones de dólares del Banco Inter-Universal robados en su vuelo vigilado, desde Luna-Término a Ciudad Marte!

— ¿Los "cráneos plateados"?

Callowan asintió con la cabeza a la pregunta del hombre erguido frente a él.

—Sí, Conrad. Ellos de nuevo — murmuró, con irritación.

—Comprendo lo que siente, señor. Parecen inaprehensibles.

—No sólo lo parecen. Es que lo son — rezongó Callowan del mal humor—. ¿Cuántas veces han salido nuestras patrullas, o las de la Fuerza Aérea Espacial, sin que hayan encontrado absolutamente nada? Las naves viajeras y turísticas de siempre, los particulares que hacen sus vuelos habituales, por negocios o por cuestiones privadas... Pero nada que nos dé un rastro, una pista de esa gente. Los “cráneos plateados” desaparecen en el espacio, tan fácilmente como si fueran auténticos fantasmas o espectros.

—Después de todo señor, no debe ser difícil ocultar en cualquier parte una máscara y un traje, una vez cometido el delito...

—En eso estamos de acuerdo. Pero ¿sería tan fácil ocultar una o diez naves de regular tamaño, de fuselaje negro, con un gigantesco cráneo plateado sobre él? Naves así no circulan por las astrorrutas autorizadas.

—Ciertamente, eso es verdad — asintió Aldo Contad, agente especial de la SIP —. ¿Qué podemos hacer para localizarles, señor? Parecen tener una fuerte organización, y muy buenos informes. En las épocas en que hemos montado la más estrecha vigilancia y nuestras patrullas, convenientemente camufladas, recorrieron los lugares de posibles asaltos, nada sucedió. No hubo ni una sola denuncia.

—No. Pareció como si los “cráneos plateados” “supieran” ya de antemano lo que íbamos a hacer, y tomaran también ellos sus precauciones... ¡Oh, infiernos, esto es un caos! Mire ahora las denuncias... ¡Llueven sobre mi mesa! Todo el mundo llama a la SIP al verse desvalijado... Y la SIP no puede hacer nada por esa pobre gente, ¡la SIP no puede ayudar a los que lo han perdido todo a manos de esos piratas criminales! ¿Qué confianza esperamos que nos tengan, si todo sigue así?

—Señor, no es posible que la mala racha continúe. Tarde o temprano, la ley triunfará. Y esos delincuentes del espacio caerán víctimas de su propia maldad.

—Pero, mientras tanto, las denuncias llegan de todo el Universo habitado por el hombre, Conrad

— Donald Callowan, jefe supremo de la “Spacial International Police”, estrujó con ira su cigarro habano en el cenicero. Luego levantó los ojos, agudos y penetrantes, hasta fijarlos en Aldo Conrad con profunda expresión —. ¿Recuerda el caso del desventurado Homero Lunden?

— ¿El primer atacado por los “cráneos plateados”?— asintió Aldo Conrad despacio—. Claro, señor. Yo mismo recibí su denuncia en Puerto Diablo, en el archipiélago del Caribe. De eso hace ya dos años.

—Dos años, sí..., ¿y qué hemos hecho? ¡Nada! Absolutamente nada, Conrad. Usted investigó por entonces el asalto de que fue víctima Homero Lunden, pero no pudo dar con los agresores. Siguiéron muchas raterías como la que sufrió Homero, Entonces los piratas de la máscara de plata parecían conformarse con poco, pero luego... han empezado a aumentar sus latrocinios. De una sola nave han pasado a auténticas escuadrillas. Hay quien ha visto hasta diez naves atacando a su víctima. Recuerde el caso de las pagas de la Colonia Lunar. La nave con el dinero de las pagas, y los cinco cohetes blindados de escolta sufrieron el ataque, fueron derribadas tres de las naves de escolta, y las otras hubieron de rendirse y ver cómo volaban cinco millones en sus propias narices.

—Lo recuerdo muy bien, señor Callowan. — Aldo Conrad inclinó la cabeza—. Los delitos de esos corsarios del cielo van a más cada día. Y yo me pregunto qué es lo que podríamos hacer para impedirlo...

—Para eso le he mandado llamar a Washington, muchacho — Callowan suspiró, extrayendo un cigarro largo y aromático de su bolsillo. Le cortó la punta y lo encendió parsimoniosamente. Luego prosiguió con calma—: Usted fue el primer hombre de la SIP que tuvo contacto con este caso. Quiero que sea también ahora quien busque a esa gente..., ¡sea como sea!

El agente dijo:

—Pero, señor, usted sabe que yo fracasé entonces en mi misión...

—Sí, lo sé muy bien. Como hubiera fracasado otro cualquiera. Además lo cierto es que la investigación no fue demasiado intensa ni a fondo. Descuidamos el caso, el propio Homero Lunden nos lo reprochó, muy dolido. Como entonces eran pequeños robos, no le concedimos mayor importancia.

—Cierto, señor. Era una época en que la SIP tenía que repartir sus esfuerzos en muchos problemas de mayor envergadura. Fue por entonces cuando se descubrió la circulación de las drogas marcianas, cuando la terrible ‘Peste Dorada’⁽¹⁾. Y también cuando surgió el asesino de mujeres en la Base-Luna. Lo recuerdo muy bien.

—Eso es. Esos problemas, y algún otro de espionaje, especialmente encargado por varios gobiernos europeos a la SIP, nos apartaron un poco de lo que creímos simple piratería. Ahora pagamos las consecuencias. Tal vez si entonces hubiéramos profundizado un poco más..., hoy todo sería distinto, y esa poderosa organización, rota en sus principios, no hubiera llegado a lo que hoy es y significa.

—Por desgracia, señor Callowan, es tarde para pensar en eso— dijo Aldo Conrad, con su habitual energía—. Lo realmente importante es que hemos de luchar ahora, sí no lo hicimos antes, con la debida

energía. Y que, tal vez, lo mejor sea volver a su propio principio, en busca de una pista cualquiera.

— ¿Quiere decir a Homero Lunden...?

—Sí. Y a Puerto Diablo, en el Caribe. Tal vez arrancando desde su propio principio, hallemos algo, una pista, por leve que sea, que nos ofrezca alguna posibilidad interesante.

—Bien. Inténtelo. Miami no queda muy lejos de allí. Y es precisamente en esa ciudad de Florida donde reside el Banco Inter-Universal de Howard Clayton.

— Es cierto. — Aldo Conrad sonrió, haciendo un rápido cálculo mental —. Y alargándome algo más, incluso puedo llegarme después a La Habana. No olvide que las pagas de la Colonia Lunar procedían de la “Planetarian Mining Enterprise”, con sede en Cuba, y presidida por Waldo Cranston, residente en La Habana.

—Verdad — rio Callowan —. Solamente tendrá que desplazarse algo más lejos, si quiere indagar también acerca del robo de lingotes de *aurión* marciano.

—Entiendo. Se refiere a Malcolm McDuff y Raúl Mendoza de la “Mineral and Radiactive Corporation”, en Río de Janeiro, ¿no es eso?

—Efectivamente. ¿Cree que podrá abarcar esos puntos, como centro y nudo principal de sus pesquisas?

—Podré hacerlo, no tema. Hoy mismo tomaré mi nave personal y me dirigiré a Puerto Diablo. Lo que me cuente Homero Lunden puede ser muy importante..., si en realidad puede contarme algo...

— ¿Qué quiere decir?

—Homero fue siempre un beodo incorregible, señor. Cuando se creyó rico y a seguro, prometió no beber más. Pero eso fue cuando aún poseía su fortuna, arrancada al suelo inhóspito de Venus. Luego... volvió a beber. Ahora es un deshecho, una escoria entre los residuos humanos de un lugar como Puerto Diablo...

* * *

Puerto Diablo era, ciertamente, un lugar que hacía justicia a su nombre. Acaso fue obra del propio Satán, crear en aquel idílico paraje caribe un mundo tan lamentable, vil y desesperanzado como la población que, besada mansamente por el Caribe, ofrecía a los viajeros su extraña mescolanza de razas, pueblos, religiones y creencias, bajo un común denominador: la ruina moral, la derrota material y la pérdida de toda esperanza.

¡El infierno!

Eso era Puerto Diablo. Eso eran sus gentes. Un hacinamiento

humano de fracasos y decepciones, de amargas y de miserias, entre edificios blancos, enjalbegados a la vieja usanza española. Un mundo quieto, apacible, absurdo en el vértigo del siglo XXI, desplazado en una época de velocidad, conquista y aceleración constante.

La nave anfibia de Aldo Conrad se posó suavemente en la bahía, frente a los embarcaderos, barrios de pescadores y costas arenosas, no lejos de los arrecifes donde se hincaban los mariscos, de los bancos de langostas y del salobre aroma a crustáceos aferrado a las rocas que cubría el musgo marino, verde y pegajoso.

Era un vehículo ágil, esbelto, puntiagudo, con un brillante fuselaje azul, que se confundía con el cielo mismo. Sus flotadores ocultos brotaron automáticamente al rozar con su alargada panza el agua coronada de espuma. Se movió luego, como una canoa a motor, hasta detenerse frente a los largos embarcaderos de tablas y los más modernos muelles plastificados.

Aldo Conrad suspiró, alzando su casco de vuelo.

Cerró la llave de marcha, deteniendo la nave definitivamente. Ya estaba en su destino. Puerto Diablo, heterogéneo y tentador, bullicioso y agitado, con su extraña mescolanza de sensualidad y de misticismo, de poesía a ras del fango, se ofrecía ante él, como una interrogante, siempre abierta al forastero, al que buscaba allí una respuesta, cualquiera que ésta fuese.

Su objetivo no era precisamente alentador. Buscaba a un residuo más de la humana condición, a una escoria de los muelles, a un vagabundo isleño, perezoso y borracho, desheredado definitivo de la fortuna, decepcionado del mundo y de sus riquezas. ¿Qué podía quedar en pie de un hombre como Homero Lunden, que luchó cuarenta años por la fortuna, y cuando la encontró, apenas si pudo disfrutarla unas horas antes de que unos corsarios del aire, crueles y voraces, cayeran sobre él como aves de rapiña, arrebatándole cuanto había ganado dificultosa, denodadamente, en lucha con un planeta desconocido, con una atmósfera insalubre, con un suelo hosco y feroz?

Además Homero Lunden había contado mil veces su extraña historia, en los garitos portuarios, a cuantos torpes borrachos como él querían escucharlo, a cuantos turistas desocupados o reporteros sensacionalistas quisieron oír su relato. Homero Lunden, eterno y desgraciado fracasado, no se dejó mucho en el tintero.

Así, pues, ¿qué esperaba Aldo Conrad hallar en él, en su estrafalaria persona, en aquel hombrecillo singular que nada pedía ni nada esperaba?

Lo cierto es que ni él mismo lo sabía. Absolutamente nada estaba a su alcance, para iniciar la búsqueda, la caza despiadada de los que

no tenían piedad con sus víctimas. Pero posiblemente Homero no le pudiera dar la menor pista. Sin embargo, iba a hablar con él una vez más. Quizá la última...

CAPÍTULO II

HOMERO



El vaso de “kupac” desapareció íntegramente entre los labios del hombre. Su contenido, naturalmente. Luego el recipiente volvió con un golpe seco a la mesa de madera resquebrajada, sucia de licor y salpicada de moscas pegajosas.

Dirigió una mirada de soslayo al hombre sentado frente a él. Luego rio entre dientes, sin la menor jovialidad ni deseos de humorismo.

—Ha venido a buscar al viejo Homero — dijo lenta, borrosamente —. Bueno, ya lo encontró. Ya le echó combustible al viejo motor. Y ahora ¿qué...?

Aldo Conrad no respondió en seguida. Contempló a Homero Lunden con cierta pena. Sorbió un poco del seco y áspero “kupac”, el jugo de los corpulentos palmeros marcianos, tan bien aceptado en la Tierra por los alcohólicos. Dominó un gesto de aversión a la fuerte bebida, y por fin expuso algo de lo que quería decir:

—Homero, usted puede serme muy útil ahora...

— ¿Yo? — Homero rio de buena gana entre dientes—. ¿Útil yo? Me gustaría saber en qué...

—Supongamos que... en los “cráneos de plata”—aventuró Conrad suavemente.

Homero Lunden parpadeó. Contempló de hito en hito a su interlocutor. Luego se volvió. Hizo un gesto al moreno y aceitunado

nativo de piel grasienta y sudorosa, para que le sirviera otro vaso de “kupac”. Aldo no se opuso.

—Los “cráneos de plata”...— chascó la lengua. Sus dedos juguetearon con un charco de licor. Logró aferrar a una mosca entre sus fuertes y nervudos dedos, y la estrujó pensativamente. Aldo retiró la vista, con repugnancia—. Sí, supongo que aún existen, aún malogran sueños y proyectos..., ¡aún roban cobardemente a los desventurados como yo!...

Se inclinó, con un rabioso coraje sobre la mesa. La golpeó con el puño. Recia, vigorosamente, con una inútil rebeldía ante la adversidad.

— ¿Me oye, señor? ¿Me oye bien? ¡Aún robarán esos perros cobardes, aún matarán para quedarse con el botín..., como me hubieran matado entonces a mí..., como mataron mi fe y mi ilusión en la vida...! Y ustedes, la SIP, el orgullo del mundo..., del Universo..., ¿qué hacen? ¿Reírse de todo eso? ¿Contemplar divertidos las hazañas de los enmascarados?

Aldo inclinó la cabeza. No dejaba de ser razonable lo que decía Homero. Pero lo razonable, a veces, era terriblemente doloroso. Y no sólo para el perjudicado.

—Tiene usted razón, Homero — suspiró —. La SIP no ha sido muy eficiente en este caso. No hemos hecho por usted lo que merecía. Créame que lo siento de veras, pero no ha sido culpa mía...

— ¡No ha sido culpa suya!— rezongó Homero Lunden, encogiéndose de hombros. Le acababan de servir el “kupac”, y lo apuró de un sorbo, con escalofriante prontitud. Luego secó sus labios y miró fríamente a Aldo Conrad—. Entonces ¿de quién? ¿Acaso lo fue mía, por dejarme robar? ¡No pude hacer nada! ¡Parecían saber muy bien lo que haría, y lo impidieron a su modo! ¡Asistí impotente a mi propio desvalijamiento! ¡Lo vi... y no pude hacer nada por impedirlo!

— ¿Le narcotizaron?

— ¡Sí! Y con un extraño narcótico. Un raro gas paralizó mis nervios y músculos..., excepto mis ojos y mi cerebro. Les vi entrar, robarme la carga, abandonar luego la nave sin hacerme el menor daño. ¿Por Qué habían de hacérmelo, si me inmovilizaron y robaron cuanto poseía? Era como un niño inofensivo. No tenía razón el matarme. A veces pienso que hubiera sido preferible...

Aldo Conrad no dijo nada, Pero estuvo mentalmente de acuerdo con Homero. Ahora el hombre que se libró de morir a manos de los piratas de cráneo plateado no era mucho más que un cadáver caminando por la vida. Ni volvería a serlo nunca más.

Por fin suspiró, preguntando con voz suave:

—A pesar de todo, eran los principios de esa cuadrilla de forajidos enmascarados. Y fueron compasivos con usted. Ahora no perdonan. Matan, destruyen, asesinan sin piedad alguna. Se han convertido en auténticos demonios..., y una estela de sangre marca su paso por doquier. Yo, Homero, quisiera poderles dar caza..., ¡destruir ese azote de la Humanidad! Si usted pudiera ayudarme..., recordar algo... ¡Algo que me sirviera de punto de partida!

Homero meneó la cabeza de un lado a otro. Fatigado, decepcionado.

—No sea tonto. No conseguirá nada — farfulló—. ¿Recuerda aquel día en que vino a hacerme preguntas similares? Yo creí entonces en usted... Creí, porque era de la SIP. Y para mí, la SIP significaba el máximo poder en el espacio y en los planetas. Me equivoqué entonces. No hicieron nada por devolverme mi fortuna perdida, por descubrir a los culpables... Perdí la fe en ustedes, en todo... Ahora no puede pedirme que la recupere. Ni siquiera que les ayude a hacer algo. Me tiene todo sin cuidado. Haga lo que quiera, amigo. Supongo que son las grandes fortunas perdidas las que les mueven a ustedes. Para mí lo que perdí era una fortuna. Y nadie quiso comprenderlo así. No pienso ayudarles. Absolutamente en nada...

Se levantó, dando un manotazo. Rio absurdamente. Luego se alejó hacia el mostrador, tambaleándose. Allí los mozos le sirvieron otro vaso de la fuerte bebida.

Aldo renunció a todo nuevo intento. Pagó al camarero lo que había bebido Homero. Incluso el nuevo trago. Luego echó a andar hacia la salida. El borrachín de Puerto Diablo no quería ayudarlo. Acaso ni siquiera podía.

No estaba decepcionado. En realidad, no había esperado mucho. Se detuvo en el umbral, con la cortina de flecos de caña levantada. Se volvió, mirando al que hubiera sido un hombre distinto, de no mediar el ataque alevoso y criminal de los “cráneos plateados”. Estaba hipando, con la cabeza canosa inclinada sobre el mostrador.

Aldo meneó la cabeza, vacilante. Era muy penoso ver una ruina humana así. Se dijo que los delincuentes no pagarían con todas las vidas que tuvieran, tales vilezas.

Por encima de él, al salir, chirrió la vieja muestra del local. Alzó los ojos, contemplando el anuncio, más propio de doscientos años atrás.

“El Alegre Pirata”. Era su nombre. Un extraño título en el año 2000. Y casi un fatalismo para Homero Lunden. Piratas del espacio le arruinaron, destrozando su vida. Y ahora “El Alegre Pirata” iba a ser su tumba. Una tumba de alcohol y de miseria, de abyección y de

derrota.

Compadecía a Homero. Pero no podía hacer nada por él. Nadie podía hacerlo ya. Ahora ni siquiera la recuperación, la imposible recuperación de su perdida fortuna, haría el milagro. Porque era precisamente eso: un milagro. Y en Puerto Diablo, último rincón de los desheredados del mundo, no se daban milagros.

“El Alegre Pirata” quedó atrás. Aldo se encaminó de nuevo al embarcadero, a través de las empinadas callejas de la ciudad portuaria. Vio entrar a unos chinos en un edificio lóbrego y sospechoso. Posiblemente un fumadero de opio, o acaso de “lethal”, la droga traída desde Fobos, el satélite marciano, por los traficantes de estupefacientes siderales, que lo conseguían a pesar de la rigurosa vigilancia de la Spacial International Police.

Aldo no se metió a investigar allí. No era su misión, Además conocía bien esos garitos. Cuando hubiese llegado a los fumaderos, éstos serían inocentes dormitorios o cabinas de reposo, sin la menor infracción legal.

Respiró hondo. A pesar de la constante acción de la Spacial International Police, el delito existía siempre y en todas partes. Después de todo, también ellos, los agentes de la SIP, eran seres humanos. Se luchaba con energía, con violencia. Pero el campo del delito era demasiado amplio para poderlo limpiar de hierbas dañinas sin que otras, igualmente virulentas, creciesen a sus espaldas.

Prosiguió su camino.

Regresaba a su nave, posada junto a los embarcaderos, sobre el agua. Proseguiría las investigaciones, en busca de cualquier rastro a seguir, de alguna pista que lo condujera a los temidos y desconcertantes “cráneos plateados”.

Se detuvo un momento, al doblar la esquina de una calleja angosta y sinuosa, entre blancos muros desconchados. Era tan estrecha la vía, que el sol apenas si penetraba por la parte superior de la misma. Aldo se hubiera atrevido a saltar de tejado a tejado, sobre el empedrado de la calle, pase a los cinco o seis pisos de altura de cada edificio, sin la menor preocupación, tal era la angostura de la estrecha calleja.

Allí el olor a salitre y a yodo era muy intenso. Al final de la calleja, sabía Aldo que se hallaba el paseo costero, frente al mar y los muelles. Aquel barrio lo habitaba una indescriptible mezcla de razas y de gentes. Los rótulos estaban redactados en mil lenguas distintas. Y nadie parecía ignorar ninguna de ellas..., o es que todos sabían a ciencia cierta a dónde iban.

Aldo Conrad oteó la calleja. Estaba sucediendo algo. Y no muy

lejos de él.

El ruido de la pelea callejera era el habitual en cualquier pugna de esa especie. Vio a varios hombres de indumentaria sucia y descuidada, acosando a un par de hombres y una mujer. La lucha era violenta, y la peor parte parecía inclinarse, naturalmente, de los que estaban en inferioridad numérica y de condiciones.

Los dos defensores de la mujer esgrimían como única defensa sus puños el uno, y un bastón el otro. Los atacantes, por contra, manejaban afilados cuchillos y armas contundentes. Con toda seguridad, no deseaban provocar ruido, porque la pugna era tan sorda como violenta. Pero podía terminar también con la muerte de los agredidos, sin lugar a dudas.

Aldo no vaciló un instante. Extrajo del bolsillo de su traje un arma de fuego. Era una pistola de fuego magnético, capaz de derribar a cualquier enemigo golpeado por su intensa llamarada. No era mortal, mientras no pulsara el resorte de acción de alta potencia. Pero el afectado por ella, difícilmente podría luego defenderse durante unos minutos.

No lanzó advertencia alguna, porque sabía que no iban a atenderle. Además, en plena lucha, sería difícil que agresores y agredidos prestaran atención al requerimiento. Aldo, en vez de eso, disparó una sola vez.

Su impacto centelleó, al tocar a uno de los agresores. Rodó éste por tierra, con un chillido estridente, crispados sus miembros por el choque con el proyectil luminoso. Otro, al volverse, se encontró con el segundo disparo de Aldo Conrad.

El agente de la SIP alcanzó a su segunda víctima, que cayó hacia atrás, chocando con la pared de un edificio, antes de derrumbarse, doblado en tierra. La doble advertencia causó su efecto. Los demás huyeron velozmente, alejándose del lugar de la lucha.

Aldo no trató de perseguirles. En realidad, no era ésa su misión. Si había intervenido en la lucha, era por ayudar a la mujer en apuros. Corrió hacia ella, que miraba en torno, sorprendida por la imprevista conclusión de la pelea. Sus dos compañeros le miraron, también con la extrañeza de haber recibido una ayuda totalmente imprevista.

Aldo Conrad se detuvo frente a ellos. Sin soltar su arma todavía, interrogó:

— ¿Qué sucedía?

Los hombres iban a responder. Pero fue ella quien primero atendió a la pregunta, con voz firme, llena de energía, y también, por paradoja, con suave femineidad:

—Nos atacaron. ¿No lo vio?

—Claro. ¿Por qué cree entonces que estoy aquí?

— Entonces no pregunte. Esa gente nos metió en una buena emboscada. Eso fue todo.

— ¿Por qué?

—Oiga, ¿con qué derecho hace tantas preguntas? ¿Quién es usted?

Dominando su irritación, Aldo presentó su credencial. Las mágicas letras SIP causaron su efecto en los dos hombres. En cambio, ella se quedó tan tranquila, incluso se permitió una mirada de sarcasmo al joven agente especial de la Policía Internacional del Espacio.

—Muy bien — ponderó—. La SIP en acción... ¿Le envían para ayudarme, señor Conrad?

— ¿A usted?— Aldo guardó su documento y la estudió de hito en hito—. Dé gracias a la fortuna de que la encontrase en el apuro. Nadie me obliga a ayudar a las damas en apuros. No soy un caballero andante, sino simplemente un policía.

—Entiendo — ella se irguió, también llena de altivez—. Me llamo Shady McDuff.

Aldo repitió:

— ¿McDuff? Su apellido me resulta conocido. Me gustaría saber de qué...

—Existen muchos McDuff en Estados Unidos, en Escocia y en Canadá. Pero casualmente, yo no soy de ninguno de esos lugares. Es decir, no resido en ninguno de ellos, aunque sea natural de Nueva York.

—En este caso, Malcolm McDuff, de Río de Janeiro, es algo suyo. ¿Su marido?

Ella resopló, entornando peligrosamente los ojos. Era bella, tenía ojos rasgados y pardos, una boca agresiva y carnosa, y una figura esbelta y llena de femenino atractivo, con breve cintura, suaves caderas y belicoso seno que oprimía su ceñida ropa do color magenta.

—Malcolm McDuff tiene cincuenta años. Yo, veinte. ¿Eso no le dice nada, señor agente de la SIP? —le espetó agudamente.

—Seguro — rio Aldo —. Debe ser su abuelo, en ese caso.

—Es mi padre — apretó los labios con ira—. Se cree gracioso, ¿verdad?

—A veces me han dicho que tenía gracia, pero nunca me lo he creído demasiado.

—Pues ahora parece creerlo ya, por lo que veo. Señor Conrad, si

estoy en Puerto Diablo es para tratar de resolver algo que ni usted ni toda la maquinaria poderosa de la SIP ha logrado desentrañar aún. No creo que lo comprenda.

— ¿Y es...?

—El robo de los lingotes de *aurión* marciano, hace un año. Con esa pérdida, mi padre y su socio, el señor Mendoza, perdieron mucho dinero. Reclamaron a la SIP, pero no ha servido de mucho. Yo quiero darles una lección a todo; ustedes.

— ¿De veras? ¿Y ha venido aquí a ofrecer la primera clase especial? Pues por lo visto ha sido todo un éxito...

—Sigue convencido de que es gracioso—ella miró a sus dos acompañantes.— Éstos son Lyman y Russell, mis detectives a sueldo. Me acompañan en mi gira investigadora.

—Con evidente eficacia, a lo que se ve — rio Conrad—. Si se descuidan, los tres hubieran pasado un mal rato... ¿Quiénes son esos tipos que les atacaron, señorita McDuff?

—No lo sabemos. Buscaron camorra al salir nosotros del hotel. Nos dijeron que este barrio era el mejor para investigar, y aquí nos vinimos.

—Para investigar ¿el qué?

—Ya se lo dije: el robo de los lingotes, en la nave de nuestra empresa...

—Eso es más lógico investigarlo en el espacio, no aquí...

— ¿De veras? Alguien me dijo que aquí había un hombre que sabía mucho de los piratas del espacio.

— ¿Homero Lunden?

—No sé quién es ése. No tiene un nombre tan raro. El personaje a quien nosotros buscamos se llama Van Druten. Hans van Druten.

— ¿Van Druten? ¿Qué significa ese hombre? ¿Es un pitoniso que va a leer su destino o a revelarle dónde están los ladrones de los lingotes, según la lectura de los astros?—se mofó Aldo Conrad, divertido.

—No es nada de eso. Van Druten reside en Puerto Diablo. No sabemos dónde, pero está aquí, en esta ciudad. Ha teleografiado a papá. Sabe algo de esos lingotes. Sabe quién o quiénes están tratando de colocarlos en el mercado mundial de minerales preciosos. Y pide..., pide dos millones de dólares por el informe. Eso significarla recuperar los lingotes y cazar a la organización. O, al menos, desarticularla. Mi padre está dispuesto a pagar. Yo he venido en su representación. Traigo los dos millones.

— ¿En metálico? — rio Aldo.

—No sea necio, señor Conrad. Traigo la decisión de abonar esos dos millones, a cambio del informe, una vez comprobada su autenticidad. Sólo hay que hacer dos cosas: localizar a Van Druten. Y hablar con él, hasta un acuerdo completo.

—Ya. ¿Sin saber dónde encontrarle?

—Sin saberlo. Nos ha dicho que está aquí, en un hotel. Se aloja bajo ese nombre. Yo no sé si se llama Van Druten o no, pero es el nombre que utilizó para relacionarse con nosotros. Hemos preguntado en dos hoteles y...

— ¿Y...?

—Y entonces fuimos atacados.

—Entonces fueron atacados... — Aldo Conrad entornó los ojos pensativo. De súbito, todo su ser se puso rígido. Casi gritó al hablar—; ¡Cielos! ¿Es que no se da usted cuenta?

— ¿Cuenta de qué? — preguntó la hija del financiero McDuff, con estupor.

— ¡Los piratas del espacio... saben ya que ustedes andan tras de ese Van Druten o como quiera que se llame!

— ¡No!

—Claro que sí... ¡Y posiblemente sea ya demasiado tarde para dar con él... vivo!

CAPÍTULO III

SIERVOS DEL TERROR



L hombre aplastó el cigarrillo en el cenicero de loza barata y agrietada. Miró luego en torno, al cuartucho desaseado y lóbrego. Respiró hondo. El sudor empapaba sus ropas y hacía brillar su piel

como si estuviera bañada en aceite.

Puerto Diablo no tenía muchos hoteles. Solamente diez, entre los de primera categoría, que eran justamente dos, y los ínfimos, que eran ocho. Ni uno solo de mediana condición. En aquel lugar, solamente había millonarios y desheredados de la fortuna. Los que adquirían perlas y los que se sumergían, destrozando sus pulmones, para vivir de tan peligroso deporte a sueldo.

La vida podía haber evolucionado en el resto del mundo, haber alterado la faz de pueblos y países, elevando su nivel en los últimos veinticinco años, hasta límites insospechados. Pero siempre quedaba un rincón en el mundo, como auténtico lugar donde la vida se paralizaba, donde todo seguía siendo, no ya como dos o tres décadas antes, sino como un siglo atrás...

Y ese lugar era Puerto Diablo, en las Antillas...

Sabía que de un momento a otro llegaría la visita que esperaba. Dos millones era un precio barato, para recuperar más de siete millones en “aurión” de Marte, el más valioso y escaso mineral de todos los mundos conocidos. McDuff pagaría.

El “Cráneo de Plata” no se enteraría. No antes de que McDuff hubiese pagado, y la SIP conociera la identidad del jefe supremo de los piratas del espacio que militaban bajo la siniestra insignia de la calavera plateada

Y en cuanto la SIP pudiera echar la zarpa al corsario enmascarado que era el terror de los cielos, éste dejaría de producir miedo. Eran pocos los que, como él, podían dar el nombre del azote de capucha de plata. Muy pocos. Tanto, que quizá solamente él pudiera decirlo. Había sido fortuita la forma de descubrir el gran secreto. “Cráneo de Plata” no sospechaba. De haber sospechado algo, ya estaría más que muerto.

Cuando aún vivía, era prueba de que no sabía nada, de que nada celaba de él. Y él, Milward Rundstein, bajo si seudónimo de Hans van Druten; esperaba. Esperaba, en aquel sórdido hotel de Puerto Diablo, la llegada de la persona que había de entregarle los dos millones. Y con ellos la garantía de que iba a seguir viviendo, convertido en un hombre rico..., mientras el jefe de los piratas espaciales pagaba en la cámara de ejecuciones de una penitenciaría sus incontables y sádicos crímenes.

De súbito, se envaró, rígido y alerta. Estiró la mano, soltando nerviosamente el cigarrillo. Empuñó el arma. La aferró con tal energía, que sintió un dolor intenso en sus dedos, al oprimir la culata. Esperó, fija la mirada en la puerta, sudando más copiosamente que nunca, sintiendo que sus ropas se adherían a su piel, por la fría

transpiración...

Los pasos que sonaban en el corredor se detuvieron. Justamente ante su puerta. Clavó la mirada en ella. Esperó, una vez más. Casi le dolían las pupilas, tal era la obstinada fijeza con que las clavaba en la hoja de madera, como queriendo perforarla, ver lo que había al otro lado, en el corredor. Saber quién se había detenido ante la entrada, quién había llegado junto a su habitación, y esperaba unos segundos, antes de llamar...

La llamada llegó.

Un doble repique de nudillos sobre la madera. Seco, contundente, no muy fuerte. Se irguió, despacio. Avanzó...

Repitióse la llamada, en tanto Milward Rundstein, alias Hans van Druten, esperaba tras la hoja cerrada. Tras una leve pausa, interrogó con voz tensa:

— ¿Quién es?

La respuesta llegó Inconfundible, pronunciada por una voz susurrante:

—Busco a Hans van Druten. Me envía McDuff, de Río de Janeiro...

Todavía el supuesto Van Druten quiso extremar las precauciones. No quería correr riesgos inútiles. Indagó:

— ¿A qué viene? ¿Quién es usted?

—No sea tonto — musitó la voz—. Sabe bien por qué estoy aquí. Usted me llamó. Y soy el hombre de confianza de McDuff. Me ha costado dar con usted...

Eso ahuyentó los últimos recelos de Van Druten. Sonrió para sí. Por fin iba a terminar la pesadilla. No quería ser nuevamente siervo del miedo, como lo fuera hasta entonces. Todo aquello que se teme deja de ser temido cuando pierde radicalmente su fuerza. Y “Cráneo de Plata” iba a perderla en seguida. En cuanto él se encontrara con alguien en quien confiar plenamente, a quien revelar un nombre, una identidad..., para después proclamarla al mundo, para acabar con el monstruo solapado...

Soltó la cadena, hizo girar el pestillo, y abrió lentamente la puerta. Mientras la figura del visitante se recortaba contra la luz del corredor, difusa y tenue, comenzó a silabear, impaciente:

— ¿Trae... los dos millones?

— Claro — asintió el otro—. Dos millones en una orden bancaria inmediata, al portador. Podrá hacerlos efectivos dentro de cinco minutos, si lo desea. Y, para que no dude, un documento firmado por Malcolm McDuff, con todos los requisitos necesarios,

respecto al pago.

Era satisfactorio para Van Druten, Muy satisfactorio. Tanto, que descuidó un poco su vigilancia. No prestó demasiada atención al rostro del que entraba en su habitación en sombras. Luego cerró la puerta, tras una ojeada rápida al corredor, y se volvió ávidamente a su visitante. Los ojos le brillaban codiciosos.

—Bien. Veamos ese pago... y tendrá el nombre de “Cráneo de Plata”... Eso le bastará para desarticular a la organización, ya que...

Se paró en seco. Algo en la persona que había entrado le resultó familiar. Su cuerpo fue sacudido por un escalofrío de vivo horror.

— ¿Eh?— jadeó—. ¿Quién..., quién es usted...?

— ¿No me conoce, Van Druten? — preguntó irónico, suavemente, su visitante.

— ¡Dios mío, no!—gimió el confidente—. ¡Usted... no! ¡Noooo...!

Su última negativa fue un grito ronco, espeluznante, aterrador. Luego, dentro de la estancia del hotel, sonó un ahogado chirrido. Una llama azul chisporroteó hasta encontrar el cuerpo de Van Druten. Siguiéron unos pasos desesperados, agónicos, hacia la salida.

Van Druten nunca la alcanzó. Cayó de rodillas antes de llegar a ella, con el vientre perforado, abrasado por un proyectil silencioso, de carga corrosiva. Su rostro, convulso por la angustia de la muerte inminente, se estrelló contra el suelo. De allí no se levantó ya.

Su asesino rio entre dientes. Un pie le golpeó con brutalidad.

— ¡Imbécil! — susurró la voz del criminal—. ¡Nunca fuiste demasiado listo! Y ahora menos que nunca... No es tan fácil desenmascarar al “Cráneo de Plata”... ¡No es tan fácil, amiguito!...

Los pies se alejaron, pasando por encima del cuerpo sin vida. La puerta se cerró tras el asesino...

Van Druten quedó allí dentro. Ya no revelaría a nadie en el nombre de “Cráneo de Plata”.

Sus labios estaban sellados para siempre...

* * *

Raúl Mendoza se apartó del cadáver. Giró la cabeza, de pelo negrísimo, y su rostro aceitunado se fijó en los demás. Unos ojos grandes, negros y profundos, estudiaron en principio a Shady McDuff. Luego, a Aldo Conrad.

—No se puede hacer nada por él, señorita McDuff —dijo con su inglés, perezoso y latinizado—. Le han matado.

—Ya lo veo — manifestó ella—. ¿Usted descubrió el cuerpo?

—En efecto, señorita. Yo di con él. Desgraciadamente, demasiada tarde ya, para que Van Druten hablase...

— ¿Y usted es Raúl Mendoza, el socio de Malcolm McDuff? — intervino Aldo, con voz fría.

— ¡sí, señor. ¿Y usted?

—Aldo Conrad, de la SIP — mostró su credencial. Luego se inclinó junto al muerto. Comprobó que el proyectil corrosivo había desgarrado horriblemente su cuerpo. El asesino no quiso tener dudas sobre su muerte. Ningún ser humano hubiera podido sobrevivir jamás a semejante herida—. Me gustaría saber lo que hace usted en Puerto Diablo, señor Mendoza.

Y, sobre todo, en la alcoba del señor Van Druten, en el hotel Paraíso.

El sudamericano carraspeó. Su mirada hacia Aldo no era precisamente cordial. Parecía irritado por algo.

— ¿Es que acaso soy sospechoso, señor policía?— interrogó agriamente.

—Todo el que encuentra un cadáver es sospechoso, señor Mendoza, Acostumbra a ser demasiado tonto, al permitir que se sospeche de él, o demasiado listo, al fingir que encontró a aquel a quien previamente mató él mismo,

—Yo fui un tonto, en ese caso — rezongó Raúl—. Debí marcharme de aquí muy de prisa, para lavarme las manos en este feo asunto.

—Le he preguntado antes qué era lo que hacía aquí, señor Mendoza. No me ha contestado aún.

—Buscaba a Van Druten, ya se lo dije. Sólo que llegué tarde.

—Pero ¿por qué le buscaba? — saltó vivamente Shady —. Raúl, usted no fue informado de esto por mi padre; era confidencial y...

—Un momento, señorita, McDuff — cortó Aldo con rudeza—. Aquí el que hace las preguntas soy yo.

— ¡Yo soy la hija de Malcom McDuff! —se irritó ella, irguiendo altivamente su cabecita de cabellos castaños y cortos—. ¡Mi padre rebosa millones! ¡Y este asunto es cosa nuestra! ¡Tengo derecho a preguntar lo que quiera!

—Los millones de su papaíto me importan un cuerno — replicó Conrad—. Aquí el que lleva la investigación es la policía. Esto corresponde a la SIP, señorita McDuff. Luego puede usted, hacer cuantas preguntas desee al socio de su padre. Pero no ahora. ¿Entendido?

—Sí... — ella respiró hondamente. Le miró con auténtica ira—. Adelante, gran detective. Me gustará reírme de usted...

— No le daré ese gusto — rápido, Aldo Conrad pegó un empujón a la joven, y la lanzó al corredor, donde se hallaban los dos detectives a su servicio, Lyman y Russell. Luego, mientras el estupor se pintaba en los rostros de los investigadores privados y de la maltratada muchacha, Conrad cerró de un portazo, y se volvió a Raúl Mendoza, que parecía poco interesado en el incidente —. Ahora prosigamos, señor Mendoza. ¿Cómo supo que un tal Van Druten, oculto en Puerto Diablo, quería ver a un emisario privado de McDuff?

—Escuché la conversación entre mi socio Malcolm y su hija, cuando la envió a ella a Puerto Diablo, bajo la protección de esos dos fantoches, Lyman y Russell.

— ¿Son de confianza esos detectives?

— ¿Quién puede saber eso? — Mendoza se encogió de hombros —. Juzgué que, por muy de fiar que fuesen, ésta, no era misión para una mujer.

Mendoza asintió:

—Shady McDuff no parece una mujer vulgar, precisamente — rio Conrad.

—Oh, no lo es, pero aun así, intuí que había peligro en todo esto. Me anticipé a ella, encaminándome a Puerto Diablo, en busca de ese confidente oculto.

— ¿Por qué no delegó McDuff en usted para esto?

—Lo ignoro.

— ¿Le informó de lo que sucedía, respecto a Van Druten?

—Tampoco.

— ¿No se llevan bien ustedes dos, pese a ser socios los dos?

—Comercialmente, somos eso: dos socios. Luego, en el terreno personal, McDuff no es amigo de nadie.

Y desde el robo de los lingotes mucho menos lo es mío. Así está la cosa.

— ¿Por qué?

—Verá: aquel robo estuvo muy confuso, ésa es la verdad. Nadie, sino nosotros dos y el alto personal de la firma, personas estrictamente elegidas entre las de plena confianza, conocían la expedición de lingotes de “aurión”, a bordo de una nave de aspecto totalmente inocente. Sin embargo, los “cráneos plateados” se enteraron de ello, la atacaron y destruyeron, robando el “aurión” previamente. McDuff está seguro de que el informe salió de su propia empresa. Yo también. Pero tenemos teorías opuestas. Mientras yo pienso que él o su hija

cometieron alguna imprudencia, que permitió a los piratas del espacio descubrir ese viaje, él sospecha de mí. Y aunque no se atreve a acusarme de nada, no es precisamente una imprudencia lo que imagina, sino...

— ¿...Complicidad con los ladrones? — sugirió suavemente Aldo.

—Eso es. Comprenderá que es una idea absurda. Jamás se me hubiera ocurrido en la vida aliarme a unos rufianes ni facilitarles datos así a ningún precio. Soy socio de la “Mineral and Radiactive Corporation” en una proporción similar a McDuff. El pone su fortuna, pero yo puse siempre mi labor, mis conocimientos y mi capacidad directora y técnica. Sin mí la empresa se hundiría radicalmente.

— ¿Y sin McDuff?

—También, por supuesto. No podemos estar el uno sin el otro, si se quiere que esa entidad sobreviva. Pero él no parece darse cuenta. Cree que el dinero lo es todo. Y no cesa de lamentarse de “su” pérdida. Como si solamente fuera suyo lo que se perdió.

—De modo que usted quería saber lo que Van Druten tenía que decir. Y se adelantó a Shady en la tarea de buscar al hombre...

—Eso es. Como ve, ninguno hemos tenido un gran éxito.

— ¿Se ha dado cuenta de una cosa, Mendoza?

— ¿De qué?

—Yo no pretendo acusarle de nada. Pero ¿qué pensará McDuff cuando sepa que usted conocía la existencia de la delación de Van Druten, que se anticipó a ellos... y que Van Druten apareció muerto?

—No es difícil imaginarlo — rio ásperamente Mendoza—. Quizá marque eso el fin de la sociedad. Incluso es capaz de acusarme de asesino o de miembro del “Cráneo de Plata”. No me sorprendería lo más mínimo.

—Por lo que usted ha referido, a mí tampoco.

— Aldo Conrad permaneció unos momentos pensativo—. Bien, ya no se puede hacer nada por Van Druten... Por cierto, según sus documentos, no era ése su nombre, sino el de Milward Rundstein. Utilizó el de Van Druten para ocultar el suyo propio.

—Rundstein... Es un nombre que me suena.

—Y a mí. — Aldo examinó con mayor detenimiento los documentos tomados del bolsillo interior del muerto—. Era alemán, nacido en Hamburgo. Título de experto en Mineralogía Planetaria, obtenido hace diez; años en Nuevo Berlín.

— ¡Minerólogo planetario!—saltó vivamente el otro, con ojos brillantes—. ¡Ahora sé dónde oí el nombre de Milward Rundstein!

— ¿Dónde?

—Era el técnico especial para excavaciones en la Luna. Trabajaba al servicio de Waldo Cranston, y la “Planetarian Minning Enterprise”.

Aldo Conrad silbó, meditativo. Ató cabos con una sola frase reflexiva:

—La empresa residente en la Colonia Lunar..., cuyas pagas para los obreros desplazados a la Luna, fueron robadas por “Cráneo de Plata”...

CAPÍTULO IV

LOS HILOS DE ARAÑA



RANSTON se irguió despacio. Era un hombre de aspecto impecable, ropas excelentes, rostro duro y ojos grises y penetrantes. Exactamente el hombre de negocios que podía uno imaginarse como cerebro rector de una empresa tan importante como la “Planetarian Minning Enterprise”.

Aldo Conrad había dejado su nave posada en el espaciódromo nacional cubano, a media milla de La Habana, y situado en un nivel muy por encima de la ciudad. Un servicio regular y constante de helicópteros urbanos le llevó hasta la gran edificación de cuarenta pisos, ocupada en su totalidad por oficinas y departamentos técnicos de la Empresa.

Waldo Cranston tenía su tiempo medido y sus visitas sometidas a un riguroso y largo turno de duración. Pero el distintivo de la SIP había obrado el milagro, y el prohombre autorizó en el acto la entrada del agente especial en su despacho.

— ¿Y bien? — preguntó suavemente, tras un silencio meditativo durante el cual pareció ocupado en interesarse por el aspecto de su visitante—. ¿A qué debo su visita, señor Conrad?

—Un hombre ha muerto en Puerto Diablo, señor Cranston —

repuso Aldo sin rodeos —. Decía llamarse Hans Van Druten.

— ¿Van Druten? No le conozco.

—Pero si conocerá a Milward Rundstein.

— ¡Rundstein! Claro—enarcó sus cejas canosas, sobre las pupilas penetrantes y frías —. Era nuestro experto en Mineralogía Interplanetaria.

— ¿Era?

—Eso he dicho. Dejó de pertenecer a nuestra empresa hace un par de meses.

— ¿Por qué?

—Señor Conrad, permita que yo pregunte algo primero: ¿por qué todo esto?

—Milward Rundstein era Hans Van Druten. El hombre muerto en Puerto Diablo. Asesinado... posiblemente por un miembro de los “cráneos plateados”.

— ¡Cielos!—Cranston se humedeció los labios, sorprendido—. Eso es fantástico. Pero acaso no tanto como pueda parecer en principio.

— ¿A qué se refiere?

—Justamente a lo que me estaba refiriendo anteriormente, señor Conrad. Rundstein fue baja en mi empresa hace dos meses aproximadamente.

— ¿Le despidieron ustedes?

—No, no. Nada de eso. Se despidió, alegando motivos de salud. Decía que el clima, lunar no le sentaba bien a su organismo. Como no hay razón para retener a nadie en un trabajo, contra su voluntad, accedí a que se marchase. Y así lo hizo. Luego supe que había referido a algunos de sus compañeros que no quería trabajar más, porque tenía proyectos más ambiciosos, muy próximos a cumplirse. No supe más de él. Se notó su falta, pues era un magnífico elemento dentro de nuestra empresa. Pero nada más.

—Cuando el robo de las nóminas lunares en la nave Tierra-Luna de su empresa, ¿dónde se hallaba Rundstein prestando sus servicios? ¿Aquí, o en la Colonia Lunar?

—En la Colonia Lunar; lo recuerdo muy bien porque estuvo allí tres años al frente de los trabajos. ¿Adónde quiere ir a parar ahora con eso?

—Si yo mismo lo supiera...—suspiró Aldo Conrad—. Pero resulta extraño el hilo sutil que parece ligar unas cosas con otras en este enigma. En Puerto Diablo, la primera víctima de los hombres del cráneo plateado, Homero Lunden, se destruye a sí mismo de mostrador en mostrador. Allí mismo está el Banco Inter-Universal, que

regenta Howard Clayton, víctima de otro robo sensacional de los piratas. Allí citó Van Druten, o Rundstein, a McDuff o algún emisario suyo. McDuff y Mendoza son socios de otra entidad desvalijada por los piratas del espacio.

Resulta después que Van Druten, el cual parecía saber algo fundamental sobre la identidad de los piratas y de su jefe, trabajó anteriormente para usted..., que también fue víctima de los corsarios de cráneo plateado.

—Es una asombrosa relación entre uno y otro caso — aceptó Cranston lentamente —. Tanto, que parece imposible aceptarla como pura coincidencia. Ha de haber un nexo, una relación concreta entre una y otra cosa.

—Sólo veo un nexo entre todo ello: el propio “Cráneo de Plata”. Cuando demos con ese hilo, habremos tal vea encontrado la forma de desenrollar el ovillo. Pero no será fácil. Nada fácil... Es como moverse entre una densa telaraña.

—Precisamente el Banco Inter-Universal se ocupa de mis cuestiones financieras — apuntó Cranston, pensativo—. Es otra coincidencia, ¿no cree?

—Sí. Una más, entre muchas.

—No creo que pueda ayudarle. ¿Creyó que sería posible obtener algo de mí?

—Creí que encontraría algo de valor, ciertamente. El hecho de que Van Druten fuese Rundstein, su empleado, parecía altamente prometedor. Veo que no era así. Es una lástima,

— ¿Qué era lo que decía saber, concretamente, Milward Rundstein?

—La identidad de “Cráneo de Plata”. Es decir: el nombre del jefe supremo de los piratas,

Waldo Cranston no dijo nada. Entrelazó los dedos de sus manos con lentitud, reclinóse, pensativo. Y después pronunció unas escasas palabras con aire reflexivo;

— ¿Y... no dijo nada?

—No. El asesino llegó antes que nosotros. Utilizó un arma de proyectiles corrosivos. No falló en el tiro. Destrozó al infortunado Rundstein.

—Oh, entiendo... — Cranston se estremeció. Un suave-suspiro escapó de sus labios—. No llegó a hablar con nadie.

—Con nadie —Aldo examinó largamente al magnate. Entornó sus ojos, muy despacio—. ¿Eso le tranquiliza tal vez?

— ¿Eh? — Cranston se irguió, con repentino asombro. Clavó

sus ojos dilatados en el policía—. ¿Qué quiere dar a entender con eso?

—No sé. Me pareció que sentía alivio al saber lo ocurrido.

—Eso es una impertinencia, Conrad. Es como pretender que yo desee la impunidad de esos criminales...

—Discúlpeme. Tal vez me excedo en mis recelos. Pero tengo la obligación de sospechar de todo el mundo.

—Yo estoy al margen de toda sospecha. He sido víctima de esos bandidos, me han desvalijado..., ¿y todavía se atreve a venir a decirme en mi propio despacho, bajo mi techo, que yo puedo..., puedo ser parte interesada en su éxito...?

—Sería un alarde de astucia por parte de alguien pretender pasar por víctima de los piratas del “cráneo plateado”..., y ser, en realidad, el jefe de esos bandidos. No se le pase también por alto la interesante posibilidad de que nuestro misterioso enemigo, el cerebro oculto de esa organización de asesinos y salteadores, sea un hombre de gran fortuna. En cuyo caso, estaría justificada la existencia de esas flotillas de aeronaves, el alarde de medios de los “cráneos plateados”.

—Yo tengo una gran fortuna. ¿Es otra acusación velada, Conrad?

—No contra usted en concreto. Podría ser otro cualquiera..., pero también podría ser usted, ciertamente. Sólo que no puedo acusar aún a nadie. No sé nada de nada...

—Salga ahora mismo de aquí, Conrad.

— ¿Me echa?

—Le invito a salir, simplemente — se puso en pie con aire furioso, que dominó gracias a su temperamento flemático—. Mi tiempo es muy valioso. Ya le he concedido más del que le correspondía. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor Cranston. Siento haberle ofendido. Si la ofensa es real, usted será inocente. En cuyo caso le ruego me disculpe. Pero no me sorprendería que uno de ustedes, cuando se finja molesto, esté representando el papel que a sí mismo se ha asignado — se detuvo en el umbral de salida, con una mano apoyada en la puerta deslizante. Sonrió, sarcástico, al descubrir la contracción colérica en la faz de halcón de su interlocutor—. Lo cual no quiere decir que sea usted, señor Cranston... Cualquiera puede ser “Cráneo de Plata”... Pero juraría que está en un círculo muy reducido...

Se inclinó en un saludo burlón. Cerró la puerta suavemente al salir. Luego oyó gruñir algo violento a Cranston y sonrió para sí.

Mientras el ascensor le depositaba en el Nivel Dos de la calle, allí donde se hallaban los aparcamientos de taxi-helicópteros, iba

diciéndose si no habría sido demasiado audaz al manifestar tan abiertamente sus sospechas al gran hombre de la industria minera interplanetaria, con sede en La Habana. Y también demasiado injusto.

Pero iba a ser necesario portarse injustamente con muchos. Solamente así cabía la posibilidad de serlo con tino. Uno concreto de ellos.

Tal vez era una idea absurda y sin fundamento. Pero el hombre tiene a veces corazonadas, presentimientos tan valiosos o más que una convicción fríamente basada en pruebas o conclusiones rotundas. Ésta era una de ellas.

Aldo Conrad estaba seguro de que el cerebro director de los “cráneos plateados” no era ningún delincuente habitual, sino un hombre de gran fortuna, medios poderosos y astucia poco común. Un hombre demasiado listo para no pasar él mismo por víctima de los piratas. Pero, naturalmente, una falsa víctima en realidad.

¿Quién podía ser esa víctima ficticia?

¿Malcolm McDuff? ¿Raúl Mendoza? ¿W. Cranston..., o Howard Clayton, el banquero?

Tenía aún que entrevistarse con dos de sus sospechosos ideales: el padre de Shady McDuff y el presidente del Banco Inter-Universal, radicado en Puerto Diablo.

Para ello regresaba ahora al aparcamiento del espaciódromo nacional cubano, a recoger su astronave y emprender un vuelo urgente a Río de Janeiro, la gran ciudad carioca que, medio siglo atrás, fuera capital del Brasil. Hoy, la fabulosa y supermoderna Brasilia, la ciudad de los quince millones de habitantes, era el centro neurálgico del Estado Mundial del Brasil, aunque muchos, como McDuff y Mendoza, siguieran prefiriendo Río, el viejo y siempre maravilloso Río.

De allí regresaría a Puerto Diablo. Y sus dos entrevistas se realizarían. Posiblemente de ambas no resultara nada positivo, y él y la SIP siguieran moviéndose entre sombras inconcretas. Pero era necesario intentarlo todo.

Las patrullas de la SIP hendían los espacios, surcaban el cielo del Sistema Solar, vigilando las apariciones de los piratas siderales. El siniestro cráneo plateado no había aparecido en el fuselaje negro de las grandes naves espaciales desde el último asalto. Aldo era uno de los convencidos de que la verdad, la posible clave que resolvería el misterio, se hallaba en la propia Tierra. Allí, al alcance de cualquiera. Lo realmente difícil era encontrar el rastro, localizar a los culpables de la piratería espacial.

Pocos minutos más tarde, una nave centelleante se perdía sobra el

Caribe, hacia el Sur, a alturas estratosféricas, lejos de la bruma azul de la Tierra. Una hora bastaría, a velocidad muy baja, para llegar a Río. Empleando la supervelocidad, hubiera llegado a Brasil en unos pocos minutos. Pero no le gustaba oprimir el acelerador de los reactores atómicos, salvo en viajes interplanetarios.

Sonrió, mientras manejaba los mandos de su vehículo espacial. Posiblemente volvería a ver en Río de Janeiro a su buena amiga Shady McDuff. Si ella sabía que iba a ver al viejo Malcolm, no sería muy buena la recepción de éste.

Le divirtió la idea. En el fondo, deseaba volver a enfrentarse con la impetuosa y altiva muchacha. Shady McDuff era una de las pocas cosas agradables en aquel turbio y sangriento caso del “Cráneo de plata”...

* * *

Estaba jugando en el jardín planetario privado.

Un hermoso lugar, donde la vegetación fingía maravillosos dibujos, y sobre la que un ingenioso sistema de planetas y satélites, artificialmente reproducidos a escala diminuta, revoloteaban, describiendo perfectas órbitas en torno a un centro magnético, formado por una esfera dorada, centelleante y luminosa, que era el sol de aquel pequeño universo en movimiento, sobre las cabezas de quienes circulaban por el original parque de la residencia McDuff, en una de las colinas de Río de Janeiro, asomando por un lado al mar y la esplendorosa bahía, y por otro a la blanca extensión urbana, surcada de vehículos aéreos.

Malcolm McDuff se volvió lentamente, dejando de jugar a su distracción favorita, la de mover aquellos pequeños mundos metálicos, en torno al sol artificial que era eje de sus giros.

Sin detener el resorte que daba marcha al ingenioso juego, McDuff examinó de soslayo a su visitante. Bajo los cabellos blancos y ondulados, su cara enjuta, sobria y angulosa, tuvo, una expresión risueña, afable.

— ¿Qué desea? — interrogó. Su voz se confundía con el zumbido suave de los “planetas” en movimiento sobre las plantas y setos, casi un metro por encima de sus cabezas—. ¿Quién es usted? No creo conocerle, señor...

—Conrad. Aldo Conrad—exhibió sus credenciales. Casi se estaba convirtiendo para él en una acción mecánica—. Agente especial de la SIP.

—Hum... Policía internacional, ¿no?

—Sí. Y espacial también.

Cerró el resorte. Lentamente, se apagó el zumbido de los planetas artificiales. En el jardín de la residencia reinó una quietud somnolienta. El día empezaba a declinar. El aire olía a mar, a trópico, a paz infinita.

—Espacial...—Malcolm McDuff se volvió a él, con expresión cansada. Se puso en pie, frotando sus manos, como si quitara de ellas unas inexistentes partículas de polvo—. ¿Es sobre Van Druten?

—Sí. ¿Sabe lo ocurrido en Puerto Diablo?

—Mi hija me cablegrafió la noticia. Luego, me la ha ampliado personalmente. Llegó hoy a mediodía.

— ¿Con su socio?

— ¿Raúl?—frunció el ceño; Era claro su disgusto—. Sí, él también regresó. Usted sabe ya que no le autoricé en absoluto a desplazarse en busca de Van Druten.

—Pero tal vez eso no cambie mucho las cosas— sonrió Aldo, pasando su mano con aire pensativo sobre el eje del Sol reproducido a escala menor. Examinó el brillo del auténtico astro diurno sobre los colores de las esferas metálicas, desde Mercurio, pequeño y cárdeno, hasta el frío azul blancuzco del remoto Plutón, en aquel universo de juguete—. Van Druten tenía que morir. Sabía demasiado... para la seguridad de alguien.

—Es cierto. ¿Mi hija habló con usted?

—Sí.

—Comprendo. Entonces usted es “el insoportable hombre de Puerto Diablo”... — rio el magnate.

—Me temo mucho que sí — Aldo Conrad también rio. Luego, tras una pausa, su voz experimentó una transición —. ¿Sabía usted que el anónimo Van Druten era en realidad Wilburn Rundstein, experto en Minerología Interplanetaria?

—Sí. Shady me lo ha contado. Trabajaba para Cranston, en La Habana.

—Cuando murió, ya no estaba con Cranston.

— ¿Quién se lo ha dicho?

—Él mismo. Había dejado la casa. Y nadie sabe por qué.

—El misterio aumenta — comentó McDuff, paseando entre los setos. El cielo tomaba un creciente color cobalto.

—Sí. ¿Conserva usted la carta que le escribió Rundstein, como Hans Van Druten?

—La conservo. No creo que le sirva de mucho.

- A pesar de ello, me gustaría verla.
—Bien. Venga conmigo y la verá.

CAPÍTULO V

FRENTE A FRENTE



A residencia McDuff, por dentro, era todo un prodigio de modernismo, técnica y progreso. Había servidores-robot en todas partes. Bastaba que uno pidiese algo ante los micrófonos magnéticos extendidos por las cámaras, para que un sistema automático le sirviera lo solicitado.

Una mesa atómica les presentó dos altos vasos de bebida helada, en la que tintineaba el hielo tentadoramente. Incluso dentro del lugar adaptado a un clima ideal, que alejaba de uno la idea de hallarse en pleno trópico, se agradecía aquello para calmar la sed.

Aldo apuró su bebida lentamente, mientras releía una y otra vez la escueta carta recibida por McDuff días atrás:

Señor Malcolm McDuff:

Sé quién es “Cráneo de Plata”, el cerebro de la organización de piratas. La información es valiosa. Muy valiosa para usted. Estaré en un hotel de Puerto Diablo. No le costará, encontrarme. El asunto quedará entre nosotros.

Solamente pido por el informe dos millones de dólares. Eso apenas es nada para lo que vale la verdad de este asunto.

Su amigo:

Hans Van Druten.

— ¿Ve algo en esa carta? — preguntó McDuff tras una pausa—. Yo le confieso que no descubro sino justamente lo que quería decirme Van Druten o como quiera que se llamase ese hombre.

Aldo Conrad no contestó en seguida. Agitó la carta, ceñudo. De repente, dijo con voz sorda:

—Yo, en cambio, encuentro algo extraño en ella. Y no se ofenda señor McDuff.

— ¿Ofenderme? ¿Por qué había de hacerlo?

—Porque esta carta es muy vaga, muy inconcreta. ¿No se ha parado a meditar que sería la carta que se enviaría, por ejemplo, al propio jefe de la organización, con ánimo de extorsionarle a cambio de un secreto vital como es el conocer su identidad?

—Según eso..., yo podría ser “Cráneo de Plata”. Y recibir esa carta, como advertencia, para que pagase por el secreto, ¿Es eso lo que sugiere?

—Solamente sugiero que podría ser esa la razón de esa carta, no que lo sea.

—En el fondo, es lo mismo — sonrió fríamente el millonario—. Todo es cuestión de aspecto formal. La idea concreta es ésta, Una sospecha... hacia mí...

—Lamento admitir que sí. No sospecho solamente de usted, señor McDuff. Antes he sospechado ya de Raúl Mendoza, de Waldo Cranston..., y sigo sospechando de Howard Clayton, pese a que aún no le conozco en persona.

— ¿Y a todos se lo ha dicho abiertamente, como ahora a mí?

—A todos, sí. Menos a Clayton, a quien iré a ver ahora al Banco Inter-Universal.

—Cielos, hubiera dado algo por ver la cara que pondría Waldo Cranston al oír una cosa así.

—Me echó de su oficina. Justamente lo que hará usted ahora conmigo...

— ¿Yo? — McDuff agitó una mano, sonriente—. No, no, claro que no. No soy tan irritable como Cranston, ni tan orgulloso como mi hija. Me parece muy natural en su profesión que recele de la gente, que no se fíe de nadie. ¿Por qué había de ser yo una excepción? Ni siquiera nos conocíamos, para que tuviera usted confianza plena en mí.

—Hay quien considera el dinero y la posición social como un privilegio que les aleja de la posibilidad de ser criminales.

—Sí, ya lo sé — McDuff apuró su vaso de bebida, y se puso en pie—. Yo nunca he sido de éstos. Es más, considero a los hombres de gran fortuna como grandes delincuentes, cuando tuercen su senda. Delinquir con millones es delinquir más aún. Entonces, la mejor de las armas para cometer el mal, es el dinero...

Aldo dijo:

—Es mi teoría también. En este caso concreto, es evidente que los piratas del “cráneo plateado” disponen de medios. Disponían ya, antes

de cometer sus delitos, para contar con la flotilla de naves corsarias y con los hombres capaces de alistarse bajo su siniestra bandera. Un jefe poderoso y con fortuna propia, lanzado a la monstruosa aventura por razones que aún desconocemos, justificaría muchas lagunas y preguntas sin aparente respuesta.

—Creo que sí, Conrad. Puede sospechar libremente de mí. Aunque lamento que en este caso concreto no acierte. Yo podría decirle que me suprimiera en la lista de sospechosos, para facilitarle la labor. Pero no iba a creermelo, porque de la inocencia de cada cual solamente uno mismo tiene la seguridad absoluta. A los demás les puede quedar siempre la duda, por muchas que sean las pruebas favorables.

—Gracias por su gran comprensión, señor McDuff. No todos se mostrarán tan amistosos. Le aseguro que si deseo que alguien sea inocente por completo ese alguien es usted.

McDuff sonrió, inclinando la cabeza. Luego preguntó:

— ¿Quiere quedarse a cenar con nosotros? Eso le puede servir para reconciliarse un poco con mi hija...

—No, gracias. He de ir a Puerto Diablo esta noche misma.

— ¿Otra vez? ¿No puede ser peligroso que haga ese viaje nocturno?

—Podría ser. Sin embargo, es necesario que vaya.

—Eso podría esperar un poco. Pongamos... mañana. Ya que le tengo aquí, quisiera hablarle de algo. Algo que me tiene muy preocupado.

—¿Qué es ello?

Malcolm McDuff pareció embarazado al hablar de ello. Se incorporó. Dio unos pasos. Finalmente se volvió lentamente y se enfrentó a Aldo Conrad. Le espetó con rudeza:

—Mi socio, Raúl Mendoza... Usted ha hablado de un posible personaje como jefe de esos piratas. Yo le sugiero ese nombre: Mendoza..., como “Cráneo de Plata”.

Hubo un silencio. Aldo reflexionó. No le sorprendía la sugerencia. Sabía que McDuff sospechaba de su socio. Esto no hacía sino confirmarlo.

—Es muy arriesgado afirmar nada. ¿Quién le dice que él no sospecha de usted? Y por esa misma razón se anticipó, tratando de sacar la verdad al presunto Van Druten...

—No lo creo. Si uno de nosotros es “Cráneo de Plata”..., voto por Mendoza. No me gusta su modo de ser. Es más, a raíz del robo de los lingotes, dudé de su integridad. ¿Por qué no se queda y hablamos de

todo eso, Conrad?

Aldo se puso en pie. Sonreía burlonamente. Incluyó la cabeza, como si esbozara un ceremonioso saludo.

—Ya hemos hablado — opinó con suavidad —. Creo que no queda mucho más por decir, señor McDuff...

Poco después descendía por el jardín planetario. Pasó bajo los falsos mundos a escala microscópica, inmóviles ahora en torno al eje solar. La luz lunar les hacía centellear fríamente, como lo que realmente eran: cuerpos metálicos sin movimiento propio.

Sabía que dejaba a McDuff irritado. Pero no le importaba. Estaba harto de sospechas y de celos. Todos sospechaban de todos. Alguno mentiría, ciertamente..., porque sería el propio “Cráneo de plata”. Pero no podía señalar a nadie. Todos parecían culpables. Y todos podían ser inocentes.

—Vaya... La SIP abandona la residencia McDuff a paso de carga...

Se detuvo ante el irónico comentario. La voz sarcástica le había llegado de su derecha. Miró hacia allá. Eran tres las personas recortadas contra el cielo cuajado de astros. Shady McDuff y sus inseparables Detectives, Lyman y Russell, como dos perfectas estatuas flanqueando a algo vivo y palpitante.

—Buenas noches, señorita McDuff— saludó sencillamente—. Podría decirse que huyo de su palacio. Pero Malcolm McDuff no merecería semejante calificativo. Por fortuna no es como su hijita.

Shady apretó los gordezuelos labios-rojos, con enfado. Centellearon sus ojos bajo la luz de la Luna.

—Sigue su altiva persona arrollándolo todo, ¿no?— musitó, enfurecida.

—Prefiero arrollar a ser arrollado — se midieron con ojos hostiles —. Usted y yo no haremos buenas migas, mi querida señorita McDuff... No me gustan las mujeres autoritarias. La autoridad es siempre del hombre.

—Estamos en el año dos mil, señor Conrad — le recordó ella—, Tiene una mentalidad medieval...

—Los medievales tenían sus cosas buenas..., aunque no pensarán en los astros sino como parte de un bonito panorama fijo en el espacio, para deleite de los hombres.

—Los astros son dominio humano. El espacio, también. En una era así, señor Conrad, sobran los totalitarismos masculinos. Una mujer es un ente humano, con iguales derechos.

—Siempre se han cometido errores — rio Aldo, antes de seguir su camino —. Incluso en el año 2000.

Ella apretó los labios. Sus dientes rechinaron. Luego, dominándose, le gritó todavía:

— ¿Está mi padre ahí dentro?

—Sí, señorita McDuff —Aldo se volvió, con gesto burlón—. Acaba de invitarme a cenar, pero no he aceptado. Tengo negocios en Puerto Diablo. Y, además, creo que no podría soportar una cena en su compañía. Es algo superior a mis fuerzas...

Se alejó riendo, mientras Shady McDuff musitaba irritadamente algo entre dientes. Dejó atrás a la hermosa muchacha y a sus dos silenciosos compañeros. En realidad, no había llegado apenas a conocer las voces de Lyman y Russell, tal era su mudez junto a la mujer que les contratara como escolta y ayuda en la búsqueda de Van Druten. Ahora, en realidad, parecía no tener objeto la vecindad de los dos policías privados. Solamente ella sabía por qué los conservaba a su lado...

Frente a la residencia McDuff se hallaba la plataforma semicircular del espaciódromo brasileño. Aldo subió a su pequeña nave, puso en marcha los reactores y remontó el vuelo vertiginosamente, por encima de las nubes, mucho más allá de las primeras capas atmosféricas, a gran altura,

El círculo investigador volvía, como todo círculo, a su punto de partida. La línea curva se cerraba nuevamente en el mismo lugar de arranque: Puerto Diablo.

Le faltaba visitar al último de los personajes a entrevistar: Howard Clayton, presidente del Banco Inter-Universal, y un gran magnate de las finanzas actuales. Era otra de las víctimas de los bandidos del cráneo plateado.

Mientras conducía su nave a través de la noche, iba pensando en las posibilidades de conseguir algo positivo en todo aquello. Hasta ahora, solamente sospechas, recelos, mutuas desconfianzas y temores. Pero nada concreto.

Si su teoría era cierta, si el jefe supremo de los enmascarados de plata era un prohombre de las altas finanzas o de elevada esfera social, hasta ahora nada de lo investigado tendía a confirmar uno u otro responsable.

La lucha de la SIP contra los piratas de la calavera de plata seguía siendo un auténtico duelo a tientas, en las más profundas e impenetrables tinieblas.

¿Dónde podía estar el leve rayo de luz que pudiese darles una orientación por difusa que fuera?

De súbito, el cuerpo de Aldo Conrad se puso rígido. Por los altavoces de a bordo, en la frecuencia habitual de intercomunicación a

bordo de las astronaves regulares, llegó una voz dura, metálica, vibrante:

—Entréguese, Conrad. Está cazado... ¡Está en poder de “Cráneo de Plata”!

Aldo Conrad no se inmutó. Mantuvo su serenidad en el difícil trance, que adivinaba realmente desesperado.

El ultimátum de “Cráneo de Plata” había llegado por el altavoz de a bordo. Y ahora, clavando los ojos en el visor de televisión de su nave monoplaza, descubrió el temido cerco.

Había cinco naves. Cinco cohetes inmovilizados en el espacio, formando un estrecho y amenazador cinturón en torno suyo. Negras todas ellas. Centelleando en cada una la calavera de plata dibujada sobre el fuselaje...

¡Por fin se encontraba frente a frente con los corsarios del espacio!

Frente a frente con el “Cráneo de Plata”...

Imprimió un veloz giro a los mandos de la nave, con el rostro súbitamente endurecido, cerrando de un golpe el altavoz de los transmisores.

Así, cualquier nuevo aviso no llegaría a él. No quería ponerse nervioso. En cambio, tal vez esa maniobra crispaba un poco los nervios de los atacantes, al advertir que su enemigo no quería escucharles siquiera.

Aldo dominaba prodigiosamente la nave que ocupaba. Era un gran piloto, como todos los miembros de la SIP. Y no perdía fácilmente la serenidad, sobre todo cuando se enfrentaba a un peligro cierto y terrible como aquél.

Su maniobra rápida, fulminante, llevó al cohete, en un sorprendente rizo, más allá del cerco de naves negras. Éstas, rápidamente, maniobraron con celeridad, agrupándose tras él, en vertiginosa persecución...

Aldo apretó las mandíbulas rabiosamente. La situación empeoraba por momentos. Los corsarios del espacio no eran precisamente pilotos novatos. Mientras tres de las naves se pegaban a su cola, otras dos se apresuraban a volar mucho más altas, para intentar cortarle la marcha, amenazándole con la ventaja formidable de su situación elevada.

Conrad sabía que si le disparaban desde allí, con el acierto que podía esperarse en ellos, estaba virtualmente perdido. Y todo lo que en su nave era velocidad y agilidad de maniobra, fallaba en otros sentidos, como era lógico. El “techo” de las naves corsarias sería

mucho más elevado siempre, dada su mayor envergadura y potencialidad, que el de su vertiginoso vehículo. Era como si años atrás, en un duelo aéreo, se hubiese comparado la altura de un poderoso bombardero con la de un caza ligero.

Forzó cuanto pudo los motores a reacción de su nave. Aceleró ésta de forma impresionante, huyendo del cerco en que querían envolverle. Luego, de súbito, dio una vuelta en redondo a la palanca de mando.

Era forzar en exceso la elasticidad del cohete. Éste pegó un brinco asombroso, girando sobre sí mismo, y a la misma velocidad retrocedió, andando lo ya recorrido.

La agilidad de la maniobra sorprendió a los agresores, que se detuvieron desconcertados. El volumen y el peso de sus naves les impedía ser tan veloces y diestros en la maniobra. Cuando lograron virar en redondo y seguir de nuevo a Aldo Conrad, el agente especial de la Policía Internacional del Espacio, se hallaba ya lanzado en una recta impresionante hacia el suelo.

Como halcones sobre una paloma, las negras naves del emblema de plata se precipitaron a plomo tras él, en un descenso escalofriante. Aldo, en la cabina de su nave, sonrió fríamente al observar la maniobra enemiga por la pantalla fluorescente de su visor.

Comprobó que sus dos cañones térmicos funcionaban bien. Puso su mano zurda sobre los cuatro botones que movían independientemente cada cañón. Ante sus ojos, situó la graduación visual de tiro y esperó. Su mano derecha, tensa sobre la barra de control, que ora el timón de a bordo, estaba también aguardando su momento.

Y éste no tardó mucho en presentarse.

Fue un acto rápido, intuitivo. Aldo Conrad eligió su momento por pura reacción mecánica, casi adivinando que aquél era el instante supremo, acaso el decisivo en la desigual pugna entablada contra la flotilla negra de los corsarios.

Había estado deseando ese momento. Y ahora que llegaba se daba cuenta de que no podía, por sí solo, y con sus escasas fuerzas, unidas a las de su astro- cohete, enfrentarse a cinco colosos movidos por gentes despiadadas y astutas, que se movían en el espacio como aves de rapiña, o como peces voraces en las aguas más profundas.

De súbito frenó el descenso con un golpe de frenos que pareció a punto de desgarrar la nave en mil fragmentos, por la violencia del parón. Inmediatamente, y sin conceder reposo a los castigados mecanismos da a bordo, le imprimió la máxima velocidad, pero en sentido ascendente, y efectuando un prodigioso giro sobre sí mismo.

En su visor graduado aparecieron las formas negras, pesadas, de las naves enemigas. Sus cráneos plateados, dibujados nítidamente en los torvos fuselajes, centellearon al recibir la luz astral. Ayudaron a Aldo a fijar el blanco.

Luego, apretó los gatillos. Cuatro simultáneamente, uno con cada dedo de su mano zurda. El pulgar sujetaba el resorte de tiro, para mayor estabilidad en los impactos.

CAPÍTULO VI

RETORNO A “PUERTO DIABLO”



LAVADOS los ojos en la esfera graduada de tiro, vio los impactos llegar a su destino. Inexorablemente, con virulenta precisión, con mortífera puntería, dos de los dobles mazazos alcanzaron a las naves de su derecha. Vio abrirse los rojos rosetones llameantes al choque con el fuselaje. Éste se desgarró con violento estruendo.

Una de las astronaves piratas empezó a barrenar vertiginosamente. Brotaron llamas de su popa, de sus reactores escaparon densas columnas de humo negro...

Un enemigo menos. Al segundo le vio estallar en fragmentos. Fue como un torpedo que diera en el punto vital de una embarcación.

En el vacío, el ruido no se propagaba. Pero la nave de Aldo Conrad se convulsionó al rozarle algunos de los trozos desgarrados, de la nave enemiga.

Era el fin de los dos adversarios. Y, sin concederles el menor reposo en la desesperada pugna sin cuartel, el agente de la SIP volvió a describir otra desconcertante maniobra, eludiendo los disparos que,

de un modo casi obligado, le iban a ser dirigidos en el momento siguiente, en respuesta a su doble y mortífero mazazo a la integridad de las dos negras naves enemigas, ahora fuera de combate.

No le falló la intuición. Los hombres de la Spacial International Police eran veteranos en tales lides. Formaban parte de un cuerpo excepcional de seguridad pública. Y, como tal, sus miembros habían de saber desenvolverse en cualquier apuro, ante las más duras adversidades,

Las estrías ardientes trazadas por los disparos que partieron de las tres naves restantes, formaron un entretejido cárdeno y llameante en el espacio pero lejos de Aldo y de su centelleante cohete espacial, que eludiendo los mortíferos impactos, ahora evolucionaba muy por debajo de las naves. Para, inmediatamente después de iniciar éstas lo que sus pilotos suponían una vertiginosa acción ofensiva, lanzándose en picado sobre él, sin tiempo material para que se revolviere, Conrad sacara fuerzas de flaqueza y forzara hasta lo inaudito su vehículo sideral, con un nuevo impulso en diagonal, hacia la derecha, desplazándose y desconcertando un par de segundos al enemigo. Tiempo sobrado para que la agilísima nave del agente de la SIP volviera a ascender en vertical violenta, eludiendo nuevos y tardíos disparos...

Se situó ligeramente por encima del trío de negros proyectiles pesados. Sus cráneos argentinos, brillando en la noche eterna de los cielos, producían el extraño y espeluznante efecto de una danza macabra sideral, de un asombroso e inaudito aquelarre de espectros del Cosmos, más allá de las terrenas regiones.

Pero todo eso era mera imaginación, y Aldo lo sabía. Allí no había fantasmas ni seres de ultratumba, sino hombres. Hombres sin conciencia, parapetados en los negros cuerpos de las naves aéreas, en el emblema siniestro de su secta u organización.

Asesinos a los que había que cazar... ¡o matar! Pero en ningún caso permitir que ellos fuesen los que mataran.

Aldo Conrad disparó, a su paso centelleante hacia las alturas, por entre los negros bólidos del espacio. Esta vez no alcanzó a ninguna de las naves piratas. Sin embargo, logró desarticular su ataque, y para evitar ser fácil blanco del diabólico vehículo ligero de Conrad se dispersaron, buscando nuevas posiciones de lucha.

La faz de Conrad brillaba, empapada en sudor. Ignoraba cuánto iba a durar aquel duelo a muerte en las alturas, y se preguntaba si, por fin, pese a su pericia y habilidad en la pugna, no terminaría por caer, como era lógico que sucediese ante fuerzas tan superiores en número y potencialidad.

Tenía todos los nervios y músculos en tensión. Sabía que el menor fallo, la más leve confianza, serviría para que sus enemigos le descargasen el golpe de gracia. A Conrad no le consolaría el saber que encontraba la muerte tras haber derribado al mayor número posible de enemigos.

Era joven, no quería morir. Y, además, no quería que “Cráneo de Plata” se le escapase. El superhombre del crimen, el infrahumano delincuente que había sembrado el terror en los espacios y los planetas habitados por el hombre, debía encontrar el justo, duro castigo de la ley.

Y ahora... él era la ley.

De nuevo los tres vehículos del espacio se lanzaban como extraños cuervos metálicos en pos suyo. Tarde o temprano caería. No podía ser un coloso, capaz de derrotar a todos. La resistencia humana, incluso la de un agente de la SIP, tenía sus límites naturales.

Ahora parecía que esos límites los estaba alcanzando él. Sentíase fatigado, los brazos le dolían, tal era la tensión a que los tenía sometidos. Sus ojos estaban entornados, doloridos por la violencia de la situación y del esfuerzo requerido de ellos.

Desfallecía. Evitó el acoso de una de las naves negras e incluso aún tuvo fuerzas suficientes para devolverle la andanada con un disparo de sus cañones de la derecha, que le hicieron recular apresuradamente, salvándose por escasas yardas del impacto.

En cambio, una segunda nave pirata se precipitó súbitamente sobre él. Fue una maniobra centelleante, veloz como las suyas.

Y uno de los cohetes espaciales de negro fuselaje y calavera de plata se plantó sobre él. Le disparó una, dos, fres piezas explosivas...

Aldo Conrad sintió que el fuselaje de su nave estallaba en mil pedazos, que un calor terrible penetraba en la cabina de mando, que todos los controles huían de sus manos, hechos añicos..., y que se precipitaba de súbito en el vacío, aniquilado por el impacto certero del adversario.

Ya no podía hacer nada. Absolutamente nada por impedir el desastre. Y éste llegaba a pasos agigantados... Estaba sumergiéndose en la muerte, en la caída más violenta e inexorable que podía imaginarse...

* * *

Un resto de serenidad acompañó a Aldo Conrad, camino de la muerte.

Esa leve lucidez de que tenía que luchar..., que podía luchar, le

servió de postrero aliento. En medio de las llamas, del calor asfixiante y de la fuga angustiada del aire acumulado dentro de la nave, mantuvo ese resto de lucidez.

Avanzó, tosiendo y jadeando, tambaleante, sintiendo que le flaqueaban las piernas, y apenas sin ver, por la cabina envuelta en humo y fuego, de aquel ataúd descendente, vertiginoso, que iba a precipitarse en la misma sima tenebrosa de la nada, de la eterna oscuridad...

El aire escaseaba, advertía que sus pulmones se debatían en una creciente disminución del oxígeno acumulado dentro de su vehículo sideral. Si no lograba llegar a tiempo a la escafandra del muro, al equipo de emergencia espacial colgado del panel de su cabina de mando, conforme a lo dispuesto por la SIP para todas las naves de sus agentes, todo estaría perdido. Radical, definitivamente perdido para él...

Sus dedos aferraron la escafandra. La atrajo hacia él con tal violencia que casi desgarró los tubos de conducción del aire comprimido. Pero no sucedió nada, se ajustó la esfera de plástico blindado y refractario y aspiró con avidez una intensa bocanada de oxígeno.

Eso, naturalmente, nada significaba, porque la nueva reserva de aire obtenida no le serviría para mantenerse con vida en el caos de la nave.

Pero había logrado un respiro. Eso significaba unos segundos..., muy pocos..., de aliento, de vida, de afán de lucha..., de probabilidades, aunque remotas.

Se calzó dificultosamente, luchando contra el inexorable reloj que marcaba los segundos entre la vida y la muerte, el uniforme espacial, antitérmico y anti- gravitatorio.

Nada más cerrar !a cremallera hermética de la chaqueta ajustada y refractaria a las más altas y bajas temperaturas del espacio o de otros planetas, corrió, en un esfuerzo supremo, hacia uno de los enormes boquetes, uno de los desgarrones de la nave abatida.

Por el camino, alcanzó uno de los neumáticos salvavidas de emergencias a bordo. Se le ajustó, sin detenerse en su carrera, a la cintura y al cuello. Luego, una vez en la grieta del destrozado fuselaje, miró un segundo tan sólo al negro exterior...

Se lanzó sin más vacilaciones.

Su cuerpo hendió la nada, el negro vacío. Abrióse el sistema automático del flotador espacial y comenzó a mantenerse en el espacio, pero no como un cuerpo a merced del vacío, sino con autonomía propia para moverse, desplazándose por él, en busca de

una oportunidad de salvación.

El atisbo de esperanza fue muy leve. Tanto, que apenas si duró un par de segundos.

Después, el agente de la SIP comprendió que estaba igualmente perdido, que sus implacables adversarios iban a destruirle de cualquier modo que fuese...

Los vehículos espaciales de negro cuerpo habían estado sobrevolando la nave derribada, en espera del intento de salvación de su piloto. Ahora, mientras flotaba, impotente para defenderse, en el vacío negro y sin fin, Aldo descubrió que una de las naves ya picaba hacia él. No vio las bocas malignas de sus cañones, pero pudo adivinarlas, intuir su proximidad creciente..., el final irremediable que ello significaba, pese a todos sus titánicos esfuerzos por sobrevivir...

Cerró los ojos, meciéndose en el vacío, convencido de que ahora no había ya posibilidad humana de rehuir la muerte. Sus recursos se habían agotado por completo. Ningún ser viviente hubiese podido luchar más...

* * *

Al principio no pudo explicarse lo que sucedía.

Sintió un estallido próximo, el desgarró de algo metálico, el estruendo ensordecedor de algo que se hacía pedazos. Pero su cuerpo, aparte un brusco bamboleo en las primeras capas atmosféricas terrestres, no sufrió daño alguno.

Siguió flotando, sin caer ni sufrir un mortal roce con la atmósfera, gracias al traje espacial, refractario, y al flotador o salvavidas del espacio. Abrió los ojos, aturdido aún por el estruendo y por las vibraciones intensas que llegaron a él.

Asombrado, vio derrumbarse en las negruras los fragmentos flamígeros de la astronave pirata, destrozada por una potente carga explosiva. Más allá, las dos únicas naves del “Cráneo de Plata”, supervivientes de la titánica contienda en el espacio huían vertiginosamente, abandonando el campo aéreo de lucha.

Giró la cabeza a un lado y otro, pugnando sus ojos, tras la escafandra aérea, por encontrar la razón de la inesperada victoria, de la salvación al borde mismo de la muerte.

No tardó en encontrarla, La única razón de todo ello no era un milagro intangible, aunque pudiese parecerlo. Tenía solidez, corporeidad. Era una astronave.

Ligera, grácil, elástica de movimientos. Sus cañones delanteros todavía humeaban tenuemente, tras haber largado a la nave negra el

impacto decisivo. Describiendo un giro rápido en torno a Aldo Conrad, la pequeña nave mostró su fuselaje de color rojo intenso.

Sobre la escarlata brillante del metal, tres siglas. Tres letras mágicas, que llenaron de gratitud, de fe y de entusiasmo el corazón de Aldo Conrad: SIP...

Una cifra bajo las iniciales reveló a Conrad la identidad del piloto de aquella astronave. Era el número 1. Solamente una persona, de toda la SIP, podía volar, exhibiendo aquella cifra en su aparato. Era...

— ¡Dios mío!—susurró Aldo Conrad, fervorosamente, entornando los ojos, en tanto la nave escarlata se acercaba más y más a él, como un hospitalario, providencial suelo firme donde poner el pie y huir a la trágica suerte del espacio.

— ¡Dios mío..., es Donald Callowan!...

* * *

—Donald Callowan, sí señor. Y bien a tiempo, por lo que veo...

— ¿A tiempo, dice? — Aldo Conrad tuvo humor para soltar una leve risita burlona—. Jamás nadie fue tan oportuno. Es como si hubiera sido mi ángel guardián.

—Tal vez fue él quien me guio, Conrad — refunfuñó Callowan, mirando fijamente ante sí, al cuadro de controles de a bordo—. Lo cierto es que no sabía dónde dar con usted. Cablegrafié a La Habana, y Waldo Cranston me dijo que ya se había marchado usted de allí. Entonces imaginé que podía estar en Puerto Diablo, pero obtuve informes de que no era así. En ese caso, me quedaron pocas dudas. Empecé rumbo a Brasil, seguro de encontrarle allí. Mi radar detectó a bordo una lucha entre diversas naves aéreas. Tuve miedo, y sin saber por qué, aceleré la marcha y desvié el rumbo justamente hacia donde señalaban mis detectores. Lo demás fue ya cosa sencilla, dada la precisión de los detectores y pantallas de radar, A través de la televisión de a bordo identifiqué su nave destrozada, le vi a usted... y entonces entré en acción. Creo que eso lo explica todo.

—Casi todo — suspiró Aldo, estremeciéndose—. Pero no hay duda de que Dios guio su marcha, señor, y también sus pensamientos. No cabe otra explicación a un milagro así...

Callowan dijo, pensativo:

—Tal vez, muchacho. Los designios del Señor son inescrutables, y no me sorprenderla que así hubiera ocurrido. Los hombres que luchamos por la Ley y el Orden, aquellos que tenemos por credo y por meta un noble fin, cuando todo nos falla, y cuantas cosas de este mundo parecen abandonarnos definitivamente..., hallamos la

Providencia, la fuerza inmensa y todopoderosa, la presencia de Algo superior que nos guía, nos protege..., nos permite llegar a donde jamás creímos posible conseguir...

Callaron los dos hombres. Donald Callowan, el jefe supremo de la SIP, siguió tripulando su nave en silencio, mientras Aldo, recuperándose del violento “shock” de su aventura frente a los piratas plateados, seguía reflexionando en el asiento contiguo de la nave.

Todavía le parecía imposible la llegada de Callowan con su astronave, la destrucción de uno de los vehículos pirata, salvándole de la muerte cierta, y su posterior rescate, hasta introducirlo en la nave para auxiliarle.

Ahora la pesadilla había quedado atrás, y reflexionaba sobre las asombrosas circunstancias que salvaron su vida. Callowan no parecía conceder gran importancia a lo sucedido. Pero Conrad sabía cuán importante fue para, él su Intervención providencial e imprevista.

De súbito, una pregunta suave, al parecer insignificante, de su jefe, le arrancó a sus profundas reflexiones:

—Conrad... ¿cómo le localizaron esos asesinos? ¿Sabían que usted iba a hacer este viaje?

Aldo meneó negativamente la cabeza, sin dejar de reflexionar. De pronto se detuvo en seco. Enarcó las cejas. Una repentina idea le asaltó con viveza.

Y musitó:

—Lo sabían... sólo dos personas.

—Ya. ¿Quiénes, Conrad? Eso puede ser importante...

—Malcolm McDuff... y su hija Shady.

—Ya veo. Los McDuff solamente, ¿eh?... ¿Qué opina de eso, Conrad? Usted conoce el caso mucho mejor que yo.

—No sé... —susurró Aldo. Acto seguido hizo un detenido relato de cuanto sucediera desde que abandonó días atrás la oficina de la SIP en Washington. Al final de su relación, interrogó suavemente—: ¿Qué es lo que le parece el cuadro, señor?

—Infernalmente complicado, Conrad. Sobre todo, habida cuenta de las nuevas que yo le traigo.

— ¿Usted me trae alguna novedad, señor? — Conrad se dio una palmada en la frente—. Oh, por supuesto..., o no estaría usted aquí ahora. Había olvidado por completo que ha venido a buscarme por alguna razón concreta.

—Eso es, muchacho. Por una razón bien precisa... En Puerto Diablo ha sido asesinado hace unas horas el banquero Howard Clayton, Presidente del Inter-Universal Bank. De modo que su viaje es

totalmente inútil ya, Conrad...

— ¡Asesinado! Pero... ¿por quién?... ¿Por qué?...

— balbuceó Aldo, aturdido.

—El porqué es todavía un misterio. Acerca del “por quién”, no hay dudas. Se ha encontrado una calavera de plata junto al hombre asesinado... Fue “Cráneo de Plata”, no cabe la menor duda...

CAPÍTULO VII

EL ENIGMA



ONRAD y Callowan se apartaron del lugar donde reposaba el cuerpo sin vida de Howard Clayton.

El banquero había sido un hombre importante en Puerto Diablo. Pero no sólo allí, sino en la vida financiera e industrial de Sudamérica. Pese a su apellido sajón, era de nacionalidad mexicana por su nacimiento. Su madre fue argentina y su padre canadiense.

Había creado una gran industria floreciente, gracias a créditos bancarios, de acuerdo con las normas de la Federación Interamericana. Sus sucursales en Marte, Venus y la Luna funcionaban desde hacía años en forma arrolladora.

Ahora, el financiero había dejado de existir. Un disparo de proyectil corrosivo terminó con él radicalmente. La misma técnica empleada con Van Druten en el hotel. Por añadidura, el pequeño cráneo de plata, perfectamente cincelado, que dejara el asesino junto a su víctima, a guisa de firma, era toda una revelación.

—No sé, Conrad... — masculló Callowan con irritación, aplastando su cigarro habano en un cenicero—. No entiendo esto. Y lo que no entiendo, no me gusta en absoluto.

— ¿Qué es lo que no entiende, señor? — Aldo se encogió de hombros, con amargo escepticismo—. ¿Los actos de “Cráneo de Plata”? En realidad, ninguno acabamos de entenderlo bien. Esos piratas parecen una fuerza muy bien organizada, y sus acciones no dejan rastro.

—No es eso, Conrad. Hay cosas que comprendo perfectamente. Rundstein, o Van Druten, fue asesinado porque iba a revelar algo comprometedor. Es perfectamente plausible como razón de un crimen, para un ser como “Cráneo de Plata”. Los asaltos tienen un claro fundamento: el botín a ganar. En eso, a mi modo de ver, no existe misterio. Éste empieza en realidad en las máscaras plateadas. En cambio, de repente mata a Howard Clayton, el banquero que fue su víctima hace ya tiempo. ¿Por qué? No parece existir un motivo. No creo que Clayton supiera gran cosa sobre nuestro misterioso pirata. Luego, tenemos que el asesino se preocupa de dejar firma. Por primera vez, deposita una calavera de plata, como identificación de su apodo. ¿Por qué?

—Puede ser un alarde de jactancia. Todos los criminales tienen un morboso sentido de la presunción....

—Lo hubiera podido revelar también en anteriores delitos. Pero no solamente ahora...

—También es posible un cambio de técnica, una innovación en su modo de hacer...

—Es posible..., pero no es probable. No, Conrad, no creo en eso...

— ¿Entonces...?

—Hay algo raro en todo esto, algo que no encaja..., y debemos llegar a ello, antes de pretender alcanzar resultado positivo alguno. ¿Usted ve algunos puntos oscuros en su propio modo de reconstruir los hechos?

—Sí. Hay varios. Por ejemplo: Mendoza supo que McDuff era requerido por un tal Van Druten, para un informe confidencial que valía dos millones. Y fue en busca de ese confidente, al mismo tiempo que lo hacía Shady McDuff, la hija de Malcolm. Por otro lado, alguien más sabía ya lo que se estaba intentando. Lo prueba la agresión a Shady y sus detectives, por parte de un grupo de rufianes, pagados por alguien que ellos mismos ignoraban quién era, según declararon después. Lo probó posteriormente, de modo más rotundo, el asesinato de Van Druten. Éste resulta ser un empleado de Waldo Cranston, a quien molesta mucho que yo sospeche de él, mientras a McDuff, por el contrario, tal idea parece más bien divertirle. Como colofón, tenemos mi viaje nocturno a Puerto Diablo. Los piratas lo saben, puesto que previamente toman posiciones, para atacarme y aniquilarme, si es que no me rindo, en cuyo caso probablemente todo terminaría también de la misma forma. En todo esto, señor Callowan, hay ciertamente varios puntos oscuros, cosas que no acaban de verse con nitidez.

—Estamos de acuerdo — suspiró Callowan —. Ahora, muerto Clayton, ¿qué piensa hacer? No olvide que éste es su caso, Conrad.

Suya es la iniciativa, por tanto.

—Me encuentro desconcertado. No sé concretamente qué hacer... Tal vez vuelva junto a los McDuff, a Río.

— ¿Cree que allí puede estar la clave?

—Podría estar allí..., en La Habana..., o aquí. Pero al morir Clayton, creo que debemos descartar Puerto Diablo.

—Tal vez. ¡Infiernos, es un caso complicado éste de los piratas de cráneo plateado! ¡Me gustaría saber dónde se ocultan, cuál es su organización..., y, sobre todo, quién les dirige en la sombra!

—Estoy seguro de algo, señor, y no me pregunte cómo lo sé, porque no sabría explicárselo. Es una corazonada, algo intuitivo, de lo que sin embargo me siento totalmente convencido...

— ¿Qué es ello, Conrad? — quiso saber Callowan, intrigado.

—Yo he hablado con “Cráneo de Plata”...

— ¿Eh? — Callowan pegó un respingo—. ¿Qué diablos dice, muchacho?

—Ya le dije que es una intuición nada más. A pesar de ello, el corazón me dice que una de las personas con quien yo he hablado, alguien a quien saludé y con quien mantuve una charla amistosa..., es el hombre satánico que buscamos, el criminal despiadado que nadie sabe quién es...

Donald Callowan no dijo nada. Contempló largo rato a Aldo Conrad. Luego, convencido, empezó a menear la cabeza de arriba abajo.

—No me río de sus corazonadas, Conrad, ni le pregunto cómo diablos puede estar convencido de algo así — manifestó gravemente—. Quizás porque un policía, a veces, puede verse iluminado más por un instinto irreflexivo que por todo el frío método de su trabajo rutinario o cerebral. La verdad es que yo mismo, cuando me he ocupado personalmente de algún problema difícil, tuve mis intuiciones. Casi siempre fui más lejos con ellas que con los sistemas fríamente mecánicos y mentales.

—Gracias per la confianza, señor. Ojala sea así... porque entonces el campo se reduciría notablemente.

—Se reduciría exactamente a...

—A Raúl Mendoza, Malcolm McDuff y Waldo Cranston... Y quizá a Shady McDuff, aunque no creo que la muchacha esté metida en esto, sino como simple aficionada a correr riesgos y meterse en líos.

— ¿Ella es bonita?

—Oh, muy bonita, pero... —se detuvo. Captó la expresión maliciosa de su superior y alzó una mano vivamente—. ¡Un momento,

señor! No hay nada que me haga prejuzgarla favorablemente por eso. Por el contrario, nos llevamos bastante mal ella y yo...

—No deja de ser un sistema bastante eficaz de iniciar un idilio —
rio entre dientes Callowan

—Señor, yo le prometo...

—Está bien, le creo. No prometa nada, muchacho. Es mejor así. Antes me ha hablado de más personajes en relación con este caso.

— ¿Más personajes? No recuerdo a ninguno, salvo Homero Lunden, el borrachín que lo perdió todo en una de las primeras fechorías de “Cráneo de Plata”.

—No, ése no. Yo me refería a dos caballeros de sorprendente discreción, que usted no ha citado apenas..., y sin embargo me parecen altamente sugestivos.

— ¿Dos? ¿Se refiere acaso a...?

—A Lyman y Russell, los detectives privados al servicio de Shady McDuff, sí.

—Son dos investigadores a sueldo, que contrató para perseguir el rastro de Van Druten.

— ¿Dónde los contrató?

—Pues... no sé. Imagino que en Río, en Nueva York... Nunca se lo he preguntado.

—Hizo mal—muy gravemente, Callowan se encaminó a la central visotelefónica de la residencia de Clayton, el banquero asesinado. Inclinandose sobre el empleado de ella, rigurosamente vestido de negro, le indicó—: Póngame inmediatamente con la residencia McDuff, en Río de Janeiro. Solicítelo urgentemente de las Líneas Panamericanas da Comunicaciones. ¡Muy urgente!

Se apartó, algo agitado. Ceñudo, Aldo Conrad le contempló de soslayo. No entendía en absoluto la agitación y nerviosismo del jefe de la SIP, a causa de los dos detectives alquilados por Shady McDuff.

— ¿Por qué esas prisas? — Interrogó Aldo—, ¿Qué es lo que pretende aclarar?

—Pretendo advertir si es cierto lo que se me ha ocurrido —
manifestó sombríamente Callowan—. ¡Y quiera Dios que no lo sea, Conrad!

No añadió más, y comenzó a pasear agitadamente por la estancia, en espera de la conexión urgente con Río de Janeiro, a través de la Panamerican Audiovisión.

Aldo Conrad tampoco le preguntó. La súbita sospecha de Callowan sobre los dos detectives le hizo recordar algo que podía ser significativo, o simplemente casual. Pero de todos modos, resultaba

muy sospechoso: los dos detectives sabían que se buscaba a Van Druten..., y éste encontró la muerte antes de ser hallado.

Posteriormente, los dos mismos detectives asistieron a su alusión a Shady, cuando Aldo le dijo que volvía de noche a Puerto Diablo..., y la flotilla negra de los piratas del cráneo plateado surgieron en su camino.

Sin saber por qué, la misma agitada inquietud se apoderó de él, como si Callowan se la hubiese contagiado.

Él estaba pensando en alguien. Alguien que podía correr gravísimo peligro, si los detectives no eran lo que aparentaban...

Shady McDuff...

Tal vez, después de todo, tenía su parte de razón Callowan, al decir que una enemistad violenta podía ser el principio de un sentimiento muy diferente. Ahora, pensando en la belicosa Shady, y la posibilidad de que pudiese correr un peligro cierto, sentíase presa de la inquietud, del temor...

El zumbido de llamada del receptor de audiovisión le hizo pegar un respingo de sobresalto. Cambió una rápida, nerviosa mirada con Callowan.

El jefe de la SIP avanzó rápida, decididamente, hacia el aparato. Alzó el auricular. La pantalla fluorescente se iluminó de forma automática, mostrando al que, al otro extremo de la conexión a distancia, empuñaba el auricular también.

Aldo reconoció a Raúl Mendoza. El sudamericano habló con voz ronca:

— ¿Dígame, señor? ¿Quién llama?

—Donald Callowan, de la “Spacial International Police”. Me interesa mucho saber dónde contrató la señorita McDuff los servicios de los detectives Lyman y Russell.

—Entiendo, señor. Yo no sé nada de ese asunto, porque no intervine en ello, pero lo consultaré con la propia señorita McDuff o con el señor McDuff en persona. No se retire.

Hubo una espera. Luego, en la pantalla apareció un nuevo rostro. Conrad sintió un estremecimiento, sin saber por qué. McDuff estaba demacrado, tenso. Cuando apareció en el visor y empuñó el auricular, su voz fue como un ronco gemido:

— ¡Oiga! ¿Es cierto? ¿Es usted de la SIP?

—Naturalmente, señor McDuff. Un conocido suyo, el señor Conrad, está aquí a mi lado. ¿Le basta esa garantía?

— ¡Dios mío, no lo digo por eso! ¡Se trata de Shady, mi hija...!

— ¿Eh?—Callowan cruzó rápidamente su mirada con Aldo

Conrad, que se humedeció los labios nerviosamente—, ¿Qué le sucede a su hija, señor McDuff?

— ¡Ha desaparecido!

—Oh, bueno, supongo que una muchacha joven puede haberse ausentado a cualquier parte, sin dejarle aviso..., y sin que ello signifique exactamente una desaparición.

—No, no. Ha desaparecido... ¡Mire lo que han dejado en su habitación, para que no quepan dudas!

Alzó la mano izquierda, que hasta entonces no se viera en la pantalla. Conrad lanzó una interjección. Señaló a la pantalla.

— ¡Mire! —gritó a Callowan—. ¡Es otra..., otra de esas calaveras de plata!

Callowan no comentó nada. En vez de eso, con el rostro sombrío, interrogó tras un silencio:

— ¿Y los detectives que ella contrató, señor McDuff?

— ¿Lyman y Russell? ¡Han desaparecido también, sin dejar el menor rastro!

* * *

—Aquí tiene la explicación del misterio — suspiró Callowan cansadamente, echando hacia Aldo Conrad el informe que acababa de llegar de Brasilia—. Lyman y Russell existen realmente. Pero no fue con ellos con quienes estableció contacto la hija de McDuff, sino con unos impostores, con dos hombres que se fingieron detectives.

—Debí suponerlo...— Conrad, irritado, se aferró la cabeza entre ambas manos—. ¡Posiblemente son dos de ellos, de la secta de los piratas del espacio, que dirige “Cráneo de Plata”!

— ¿Es que aún le caben dudas sobre eso? — Callowan afirmó despacio con la cabeza—. Claro que son de la cuadrilla. Dos agentes hábiles, que engañaron a la hija de McDuff. Hicieron su papel. Y ahora se han apoderado de ella.

— ¡Dios mío! ¿Y qué pretenderán hacer con ella? ¿Por qué han tenido que secuestrarla? — Conrad reveló demasiada inquietud, para tratarse de una muchacha con quien decía no llevarse muy bien.

Callowan esbozó una leve sonrisa. Luego, sin dejar de estudiar atentamente a su agente, comentó a flor de labio:

—Le veo muy preocupado por esa chica. ¿No me dijo que eran algo así como el perro y el gato cada vea que se veían?

Conrad vaciló al contestar:

—Pues... sí, algo así. Pero esto está por encima de esas

pequeñeces. Posiblemente corre peligro...

— ¿Peligro? Sí, creo que sí. Tal vez no inmediato, pero sí a la larga. Me gustaría equivocarme. Sin embargo, si “Cráneo de Plata” no exige ahora unos millones por su rescate, sana y salva, es que no conozco bien a ese criminal. No dejará perder una oportunidad semejante.

—McDuff pagará lo que sea por su hija, estoy seguro de ello...

—No se trata sólo de eso, Conrad. Suponga..., suponga que “Cráneo de Plata” no gusta de la idea de dejar con vida a nuestra querida señorita McDuff...

— ¡Oh, no! — el horror erizó los cabellos de Aldo—. ¿Sería capaz de...?

— ¿Después de cobrado el crecido rescate? Por supuesto. No creo que tenga el menor empeño en devolver sana y salva a esa muchacha. Algo descubrió ella, o algo sabe, que debe hacerla peligrosa, cuando se ha resuelto a raptarla.

—Y volvió a dejar la firma de la calavera de plata. Tal como le dije yo.

—A pesar de ello, no me convence. Es demasiado... truculento y extemporáneo. No sé lo que busca con esa tontería de ir dejando su firma en cuanto hace. Pero tal vez un día sepamos todo lo que ahora parece tan difícil de comprender...

— ¡Dios mío, Callowan! ¿Qué hacemos? ¡Es preciso intentar algo... lo que sea... para salvar a esa muchacha!

—Claro que sí. Pero no podemos hacer nada. Lo terrible es no tener siquiera la menor idea de dónde oculta sus flotillas el jefe de esos rufianes del espacio, ni en qué lugar, lejos o cerca, puede hallarse ahora Shady McDuff.

— ¿Vamos a esperar, cruzados de brazos, a que nos devuelvan el cadáver de Shady, y ya nada tenga remedio?

—No sea impulsivo, Conrad. Estoy pensando. La acción no es siempre lo más eficaz. Para llevar un paso firme, es preciso ante todo saber dónde se pisa. Yo estoy tratando de obtener eso. Pienso.

— ¿En qué, señor?

—Mi impaciente muchacho, pienso en su amiga Shady. Y en el sitio donde podría estar.

—Es tanto como pretender hallar la madriguera de los cohetes espaciales del “Cráneo de Plata”...

—Creo que sí. Donde esté una cosa, está la otra. Hay muchas posibilidades de que así ocurra.

—Pero nunca daremos con el lugar donde están esas naves. Ni

tampoco Shady, que no andará lejos de ellas. Es un callejón sin salida, señor. ¿Por qué no renunciar?

— ¿Renunciar, con una vida en juego? Nunca, Conrad, Sería una rendición abyecta. Le he dicho que pensaba en Shady McDuff. Y en el sitio donde podría estar, a estas horas.

— ¿Dónde?

—Usted lo ha sugerido antes: en la propia base o cuartel de los piratas.

Aldo Conrad resopló, exasperado. Cambió una mirada rápida con su jefe. Y gruñó:

—Bueno, supongamos que es así. ¿Qué resolvemos con eso? Seguimos ignorando dónde se ocultan los piratas del “Cráneo de Plata”.

—Puede ser. Sin embargo, seamos imaginativos. Partamos de la base de un posible rescate por la muchacha. Si éste llega, los piratas ofrecerán algún medio especial para obtener el dinero a cambio de ella.

—Un momento. Si eso llega a suceder, McDuff no querrá que nos mezclamos. Estaba dispuesto a pagar dos millones a Rundstein por un informe. ¿Cuánto no pagará por su hija en peligro, confiando cándidamente en salvar su vida?

—Nadie ha dicho que nos vayamos a mezclar en todo esto. El asunto requiere más tacto que ímpetu. Escuche, amigo mío... Escuche, y grábelo bien en su memoria. Creo que no pasarán muchos días sin que sepamos algo... Algo prometedor, concreto...

— ¡Días! ¡Cielos, señor, en ese periodo de tiempo pueden ocurrir cosas que...!

—Cosas que nada ni nadie puede evitar, puesto que nosotros no sabemos dónde está Shady encerrada. En cambio, esperando pacientemente, como si nada fuera a ocurrir, llegará el error. Shady tendrá un precio. -Y habrá un medio de ponerse en contacto con los secuestradores. Ahí está nuestra oportunidad. Acaso la última...

— ¿Y si llegamos tarde?

—En ese caso... habrá sido, simplemente, eso: demasiado tarde. Pero no por falta de esfuerzos, sino por auténtica adversidad. Espero, de todos modos, que eso tampoco llegue a suceder. No debemos perder la fe, Conrad.

—No la pierdo, señor. Pero esperar es difícil... Muy difícil.

—Estarnos obligados a hacerlo. Nada sabemos de ese escondite secreto de los piratas. Haré rodear tupidamente a McDuff, a Mendoza y a todos los demás, para que vigilen en torno suyo, y estén

pendientes de la menor señal de rescate o demanda de ello que aparezca. Nos lo comunicarán acto seguido.

Y saldremos en el mismo instante, para tratar de localizar a los secuestradores. Lo demás, llegará en su momento oportuno, cuando la acción misma, el curso de los acontecimientos, nos señalen la forma de obrar.

—Y hasta entonces...

—Hasta entonces... seguir esperando, Conrad. Nada más que seguir esperando...

CAPÍTULO VIII

LA ISLA DEL CRATER



LDO CONRAD arrojó los últimos trocitos de la rama a las olas rugientes, que rompían espumeando a sus pies, entre las puntiagudas rocas de los arrecifes, Se hallaba lejos de la población. No mucho, ya que apenas si cuatro o cinco millas le separaban de Puerto Diablo, el lugar donde se cruzaban millones de heterogéneos seres y extrañas personas de mundos opuestos.

La nueva nave que le proporcionara la SIP, en substitución de la anterior, destruida por los “cráneos de plata”, estaba posada sobre la arenosa franja de playa, lamida por las aguas, y visitada por mil chirriantes gaviotas. Allá, en la distancia. Promontorio Caribe mostraba en pleno mar la estructura- pedregosa del faro.

Seguía esperando, Pero ¿esperando qué?

Donald Callowan tenía mucha confianza en su proyecto de esperar, esperar siempre, hasta que los captores dieran el paso previsto... si no obraban de otro modo y mataban a su bella prisionera sin consultar con nadie ni negociar su vida y su libertad con McDuff.

Aldo no creía en las esperas. Aunque comprendía que, en este caso concreto, era tal vez el único medio de salir adelante, de tener una esperanza sobre lo que podía suceder con Shady y su rapto.

Conrad contempló una vez más la extensión azul y desierta de las aguas. Respiró hondamente el aire salobre. Sus pies jugaron con la arena, la vista perdida en la distancia, en los islotes y arrecifes

cercanos, en los mil cayos e islas de los archipiélagos caribes.

Lentamente, comenzó a caminar por la arena. Sin rumbo fijo. No se tiene rumbo cuando se espera. Y él seguía esperando, como indicara Donald Callowan. Esperando acontecimientos...

Allá, en la distancia, el cráter apagado de un viejo volcán parecía emerger como un extraño monstruo, de las aguas azules. Un animal petrificado por los siglos, que jamás se movería de allí.

Puerto Diablo tenía panoramas bellos y extraños, como todo el Archipiélago, Le gustaba aquel lugar, aunque fuese la tumba de tantos fracasados., el último puerto de los hombres que naufragaban en el mundo...

Se detuvo al ver avanzar a alguien por entre las rocas costeras y la arena. Era una figura familiar, oscilante e insegura. La vio detenerse un momento apurar el contenido de un recipiente, y arrojar después éste al mar. Acto seguido, la figura humana siguió adelante. La mano buscó otro recipiente plano y similar, en sus bolsillos. También se lo llevó a los labios, ahora sin cesar de caminar, al parecer con tan escaso rumbo como él.

Conrad contempló con interés a aquel paseante solitario. Ahora podía identificarle. Recordaba que le habían dicho que podía encontrársele bebiendo en “El Alegre Pirata”, o paseando entre las gaviotas, por las orillas de la isla. Así transcurría la vida arruinada de Homero Lunden, el antiguo y fracasado minero de Venus.

Le dejó llegar cerca de él, sin moverse de su posición erguida, entre unos arrecifes del acantilado. Hasta estar cerca de él, Homero echó una buena serie de tragos.

Homero se detuvo, contempló con curiosidad la nave de la SIP detenida en la playa, y luego oteó en torno, con indiferencia, en busca del viajero de la misma. Sus ojos terminaron encontrándose. Aldo Conrad agitó la mano.

—Hola —saludó—. ¿Qué hay, Homero?

—Ah, es usted... Hola —arrugó el ceño y se echó otro trago al colete. Luego, se limpió los labios, y le contempló con expresión meditativa. — ¿Me espía usted?

—Claro que no. Ha sido un encuentro puramente casual, Homero — rio Aldo —. Este sitio es bonito para pasearse.

— ¿Bonito? Nunca me fijé en él — encogióse de hombros y rio entre dientes—. Yo nunca me fijo en nada, señor. ¿Ha descubierto algo sobre esos salteadores de máscara plateada?

—Lo que ya sabía. Nadie parece capaz de ayudarme. Homero, usted, es uno de los pocos que les ha visto cara a cara, que ha

contemplado sus rostros plateados. Creí siempre que era en usted en quien encontraría la mejor ayuda.

—Pues se equivocó, ya lo sabe. Y bien que lo siento...— se guardó el frasco de licor con un auténtico esfuerzo de voluntad. Luego, se sentó en una roca —. ¿Qué espera encontrar aquí, aparte de gaviotas, arena y mar? No creo que esto le dé la clave de su misterio, señor policía.

—Tampoco lo espero. Simplemente, aguardo acontecimientos.

— ¿Acontecimientos? — Homero hipó, encogiéndose de hombros otra vez—. Bueno, allá usted.

— ¿Sabe que los “cráneos plateados” han secuestrado a Shady McDuff, la hija de uno de los hombres que fueron expoliados por esa gente?

—No lo sabía — Homero enarcó las cejas—. He visto varias veces a esa chica, Shady McDuff. Es una muchacha voluntariosa y bonita. ¿Le gusta a usted?

—Pues...—sorprendido por lo súbito de la pregunta, parpadeó—. Creo que sí, Homero. Es usted muy listo...

— ¡Bah! Nunca hay que ser demasiado listo para descubrir cuándo un chico y una chica se atraen... Le deseo suerte.

—Gracias, Homero. Pero mucho me temo que no dependa solamente de la suerte. Será preciso rescatar a Shady. Y ni siquiera sabemos si eso será posible.

— ¡Dios mío, siempre esos malditos perros del “cráneo de plata”! — agitó un puño, furiosamente, mirando al azul del cielo, como si las temibles naves negras del expolio y de la piratería, estuvieran allí mismo, sobre sus cabezas—. Ellos me han hecho aborrecer hasta la palabra plata. Siempre que la oigo o veo algo de ese metal, me echo a temblar. Y el que alguien hable de un cráneo, me horroriza. Creo que es como una obsesión metida en la cabeza...

—Tiene su justificación, Homero. Pero usted debió de intentar la lucha una vez más, sin desfallecer...

—Hasta aquella isla me resulta detestable — proseguía Homero, ajeno a las palabras de Aldo, con la mirada fija en la distancia marina —. Creo que terminaré por no venir siquiera por aquí...

— ¿Esa isla? — la mirada de Conrad siguió la trayectoria de su índice. Se encontró con el cráter que emergía del mar. Sorprendióse, volviendo la cabeza hacia el maltrecho Homero—. ¿Y por qué? ¿Qué tiene de particular esa isla para odiarla?

—Usted no lo sabe —rio el anciano—. Nadie lo sabe, ni siquiera en Puerto Diablo. Pero estos sitios son lugares de leyenda. Aquí, hace

cientos de años, existió la piratería. Una piratería más noble que la de esos corsarios del siglo xxx. Pusieron nombres extraños a los lugares. Puerto Diablo..., la Playa del Tesoro..., Promontorio Caribe... Y otros muchos que han desaparecido. Aquella Isla del volcán extinguido se llamó siempre Isla del Cráter, o así la recuerdan todos. Pero creo que volando muy cerca de ella, los pilotos han descubierto su extraña forma cóncava, su rocosidad blancuzca, como hueso, motivada por las antiguas lavas petrificadas. ¿Sabe cómo la llamaron los antiguos piratas?

—No lo puedo imaginar, Homero — le divertía la charla del pintoresco viejo, y la seguía con interés relativo.

—La Isla del Cráneo, señor Conrad...

— ¡Isla del Cráneo! — ahora Aldo pegó un respingo de sorpresa y abrió mucho los ojos, contemplando fijamente a su interlocutor—. ¿Eso es cierto?

—Oh, claro. Pero hace muchos años de eso. Creo que la mayoría lo ha olvidado por completo. Ya nadie la llama así. Yo, sin embargo, leí una vez su nombre en un viejo mapa corsario. No lo olvidé, porque a mí me recordaba ese cráter apagado la forma de un cráneo gigantesco, olvidado ahí por algún remoto gigante de principios del mundo...

Conrad respiró hondamente. No podía separar su mirada ahora de la estructura volcánica de la isla. Homero tenía razón. Aún deformada por la distancia y las brumas marinas, parecía realmente un cráneo espeluznante sobre las aguas.

—Cielos, Homero, creo que me ha contado usted una historia asombrosa... — contempló fijamente la distante forma de la isla. Una idea cosquilleante, una teoría asombrosa, empezó a germinar en su cerebro. Todo ello, gracias al rayo de luz que le había proporcionado la historia singular de Homero—. ¿Quiere dar un paseo conmigo?

—Estoy cansado, señor. En vez de pasear, creo que subiré esas rocas. Tengo una choza no lejos de aquí. Vivo en ella. Si quiere, acompañarme, gustosamente le...

—No me refería a un paseo por la playa, sino a una vueltecita por el aire. Voy a recorrer estas cercanías— sonrió, dominando su excitación—. Simple turismo.

—Tampoco me seduce la idea de volar — negó Homero suavemente, con una apagada sonrisa —. Mi último vuelo me dejó dolorosos recuerdos. Prometí no volver a remontarme más en el espacio...

—Está bien, Homero. Sea como usted quiere. Pero en ese caso, le ruego haga algo por mí. Vaya a Puerto Diablo, y busque a mi

compañero, Donald Callowan. Es el jefe de la SIP. Dígale de mi parte que he tenido una rara idea. Que me voy a explorar la llamada Isla del Cráter. Si algo me ocurre y no vuelvo, que me busque allí.

— Lo haré, descuide — frunció el ceño, estudiándole fijamente —. ¿De veras va a hacerlo, señor?

—Sí.

—Tenga cuidado — se estremeció, contemplando con aire aprensivo la isla—. Mucho cuidado... Parece un lugar maldito, un sitio donde pueden habitar seres monstruosos..., creados por Lucifer...

Conrad rio. Los mineros siempre eran supersticiosos. Aún en el año 2000. Se encaminó a su nave, mientras Homero se encaminaba hacia la choza. Conrad añadió algo más:

—No diga nada a nadie, ni siquiera a Callowan, si estoy de regreso dentro de poco, y paso a decírselo al “Alegre Pirata”. Será señal de que mi teoría no fue más que una estupidez. Pero si no regreso, si algo demora mi vuelta a Puerto Diablo..., ¡dígalos urgentemente! ¿Cree que lo recordará?

—Aun cuando estoy borracho, difícilmente olvido nada —sonrió Homero—. No tema por su mensaje. Llegará al señor Callowan a su debido tiempo.

—Gracias, Homero. Hasta pronto.

—Hasta pronto, señor — agitó su mano el viejo minero, mientras Aldo entraba en la «pequeña nave monoplaza, y ponía en funcionamiento los reactores.

Poco después el aerocohete de la SIP se elevaba, grácil y esbelto, en el azul. Se perdió hacia el horizonte, rumbo a la Isla del Cráter... o Isla del Cráneo, como la llamaran los remotos piratas de siglos pasados.

Una expresión profunda e indefinible asomó a los ojos de Homero Lunden, mientras veía alejarse el vehículo espacial en el cielo.

* * *

Aldo Conrad redujo la velocidad de su nave, y aplicó los silenciadores a los turborreactores de a bordo. Así, totalmente silencioso, como un ave planeando en el azul, recorrió el trecho final hasta las rocas blancuzcas y peladas de la inhóspita isla caribe, donde el mar batía, espumeante, redondeando más y más, a lo largo de los años, los arrecifes del volcánico islote.

Sobrevoló el cráter del volcán extinguido. Profundo y en tinieblas, cubierto por una tenue bruma de vapores, no le mostró la menor sorpresa. Era tal y como podía esperarse.

Por su lado opuesto aquella isla tenía una configuración más extraña. Y justificaba plenamente el nombre de Isla del Cráneo. La forma del volcán era exactamente la de una cabeza humana vacía, una gigantesca calavera sin tapa craneana, en cuyo interior en sombras podían ocultarse los rasgos y espectros imaginados por una mente febril.

Sonrió para sí. Todo eso era ridículo. No podía esperar nada positivo de aquel vuelo, y se alegraba de no haber avisado previamente a Callowan para que le acompañase en él. Al menos, se evitaba ese ridículo. Procuraría también que Homero no le advirtiera de su viaje exploratorio. Callowan se reiría de sus imaginaciones novelescas, influenciadas por las historias de un chiflado como el viejo Homero.

Volvió a planear sobre el volcán extinguido. La boca redonda y negra seguía tan hermética como siempre. En torno suyo, el suelo todo de la isla justificaba que nadie se acercara a ella jamás. Nunca había visto Conrad tal desolación, tan pelados terrenos blancuzcos, como huesos humanos, ni siquiera en los más atormentados parajes de Nueva Zelanda,

Su nave descendió, hasta rozar los bordes rocosos y afilados del cráter muerto. Casi sintió que la negrura le absorbía. Como el vértigo, como la atracción siniestra del abismo...

Y, de súbito, cuando quiso remontar el vuelo, comprendió que no era pura imaginación suya...

¡Estaba siendo absorbido por el volcán apagado!

Rápido, movió los mandos, para eludir esa atracción inexplicable pero cierta. Oprimió con fuerza los resortes de emergencia, los de rápido vuelo a gran altura. Fracasaron sus intentos. Los mandos no respondían...

Desesperadamente, forzó el rumbo de la nave, buscando salir del embudo absorbente que le llevaba como una piedra hacia la negrura del cráter. Logró empinar ligeramente la nave, apuntó su proa al cénit, como si fuera a salir de aquel gigantesco e invisible imán de la Isla del Cráneo...

Pero no logró absolutamente nada más. La nave siguió cayendo, perdió por completo el control de ella. Abrió el interruptor de conexión visofónica con el exterior, para emitir un SOS angustioso. Ni la pantalla fluorescente se iluminó, ni los aparatos de transmisión dieron la menor señal de funcionar.

Entre tanto, su nave se sumergía en la negrura, siempre cayendo, a creciente velocidad...

¡El cráter de la isla volcánica lo engulló!

CAPÍTULO IX

EN EL CRÁTER



E todas las aventuras alucinantes que Aldo Conrad había vivido en su existencia, como agente de la SIP y antes de pertenecer a la famosa organización policial del Espacio, quizá ninguna tan asombrosa, tan imposible... y al parecer tan mortal como aquélla.

Pero lo que parecía un inevitable choque con el fondo tenebroso del volcán sin fuego, se convirtió, una vez dentro del cráter, en mi suave descenso, tras una serie de extraños frenazos y retenciones en el aire, totalmente ajenos a los inútiles mandos que Conrad se desesperaba por manejar.

Cerró primeramente los ojos, esperando el choque en el fondo. Pero ése no llegó, ni tampoco el menor golpe o roce destructivo con las paredes del cráter. Era como si todo respondiese a un juego previsto, a un sistema perfectamente controlado y sin fallos, que reducía el mecanismo de una nave del espacio, a una completa y total nulidad, por mucha que fuera la habilidad y energía del piloto que la tripulase.

Conectó el visor externo, y solamente pudo apreciar, a través de la pantalla, las densas negruras, impenetrables, del interior del volcán. ¿Era, pues, cierta su teoría? ¿La Isla del Cráneo era algo más que un feo lugar sin vida, temido por los supersticiosos?

La nave se posó suavemente en alguna parte. Con una sacudida no muy violenta, tocó tierra, quedó inmóvil. Rápido, Conrad empuñó su arma electrónica, esperando acontecimientos...

Ahora estaba seguro de algo. No se había equivocado. Había ido a parar a la guarida de los “cráneos plateados”. Al refugio secreto que nadie sabía hallar.

La osadía de los piratas del espacio era tal, que llegaban a ocupar como escondite un lugar con su mismo nombre. Era como un desafío burlón e ingenioso del jefe de los “cráneos plateados”, para demostrar lo estúpida y ciega que podía ser la gente, incluso toda la poderosa SIP.

Conrad se maldijo a sí mismo por no haber adoptado medidas más firmes, antes de iniciar el vuelo exploratorio que acababa de tener tan rápido e imprevisto desenlace.

Sabía bien lo que le había sucedido a su aparato. Un poderoso rayo magnético paralizó los instrumentos y mecanismos de a bordo, envolviéndole en un campo aislante que le atrajo, a la vez, al fondo de la guarida subterránea. Un sistema de potentes rayos electrónicos se cuidaba después, controlados tal vez por un cerebro magnético, de regular su velocidad de caída y absorción, el rumbo señalado acaso por radiaciones de superradar, para impedir un choque o un mortal aterrizaje violento.

Ahora, virtualmente, era un prisionero. Prisionero de los “cráneos plateados”....

Empuñó la pistola, aguardando a pie firme. Su mano izquierda buscó algo en un bolsillo especial de su traje, y se llevó a la boca dos pequeñas esferas de color mate, que desaparecieron tras de sus dientes.

No pudo hacer nada más. De súbito, un vapor denso empezó a penetrar por las rendijas de la nave. Una sensación total de acorchamiento, de parálisis, se apoderó de Conrad, de cuyos dedos escapó la pistola electrónica. Quedó inerte e inmóvil, a merced de sus captores.

Luego se abrió la puerta de la nave. Aldo Conrad, sin perder el conocimiento, pero totalmente paralizados sus músculos y nervios, vio aparecer las fantasmales y siniestras figuras enlutadas, de ajustada capucha de plata... Los “cráneos plateados” estaban ya ante él.

Le sacaron dócilmente fuera de la nave. Aldo vio cómo avanzaban por galerías subterráneas iluminadas por luces opacas. Del suelo emergía de trecho en trecho un vapor tenue, cálido, como recordándole siempre que se hallaban en el lecho de un volcán.

Una obra de ingeniería asombrosa formaba las galerías o corredores interiores del lugar. Por un dédalo de ellos, Aldo Conrad fue llevado hasta un lugar determinado. Allí se le desnudó, y su cuerpo fue sometido a un minucioso examen, a través de un rayo

detector. Una vez desprovisto de cuanto pudiera serle de alguna utilidad en el futuro, le volvieron a vestir. Sólo que ahora, bolsillos y cinturones estaban totalmente vacíos. Ni armas, ni objetos de uso personal. Absolutamente nada.

Aldo Conrad fue trasladado entonces, en su extraño estado cataléptico, hasta una cámara de metal, donde fue encerrado. La cámara funcionó súbitamente, moviéndose en sentido descendente. Era un ascensor. Cuando se detuvo, cedió un panel del muro, y el suelo se movió, lanzándole al exterior.

Cerróse de nuevo el panel. El ascensor desapareció de su vista. Se encontró en una amplia cámara cuadrangular, provista de muebles metálicos, una exclamación sonó a sus espaldas, revelando estupor;

— ¡Conrad! ¡Usted!...

Aldo advirtió que de nuevo podía moverse. La droga había perdido su efectividad. Se volvió vivamente, aunque ya sabía de antemano a quién iba a encontrar...

* * *

Era ella.

Shady McDuff estaba ligeramente pálida y despeinada. Pero tan hermosa como siempre. Le contemplaba con profundo asombro. Y Conrad celebró, pese a las dramáticas y difíciles circunstancias, encontrarla sana y salva, saber que estaba viva...

— ¡Señorita McDuff! —susurró, incorporándose—. De modo que nos han reunido a los dos...

—Evidentemente, los “cráneos plateados” son poco diplomáticos — observó ella, volviendo a su sarcasmo habitual—. Debieron destinarnos celdas separadas.

—Puede ser un experimento biológico interesante—rio Conrad—. ¿Cuánto resistirán un hombre y una mujer en compañía, sin destrozarse mutuamente?

Ella se echó a reír, a pesar de todo.

—Somos incorregibles los dos — observó—. Estamos cogidos en un cepo mortal y aún pretendemos seguir burlándonos de nuestra suerte.

— ¿Mortal ha dicho? ¿Piensan eliminarnos?

—Claro que lo harán. He oído que piensan pedir rescate por mí. Mi padre pagará. Y, a pesar de ello, yo seré asesinada por esas ratas encapuchadas.

—Justamente lo que Callowan ha previsto —suspiró Conrad—, Cielos, ¿por qué no habrá previsto también lo necio que yo soy, al

meterme en líos sin consultar con nadie?

—Necesitaría una niñera para cuidar de usted, no un compañero de la SIP — rio ella, sarcástica —. ¿Cómo le han cazado?

Conrad lo refirió. Luego le tocó a Shady referir su historia. Era breve:

—Fui muy tonta, Conrad. Mucho más que usted, por supuesto. Creí de buena fe que aquellos hombres eran los auténticos Lyman y Russell. Nunca pensé que fueran unos suplantadores al servicio de los “cráneos plateados”. Ellos mismos son “cráneos de plata” en la organización. Trabajaban para evitar que Van Druten o Rundstein dijera algo. Y si lo decía, yo debía ser también eliminada con él, para impedir la difusión de la verdad. Por lo visto, Rundstein había trabajado también para Howard Clayton.

— ¿El banquero? — Conrad respiró profundamente—. Le han asesinado...

—Era de prever—suspiró la joven—. ¿Sabía que Clayton fue antes el primer jefe de estos asesinos, el primitivo “Cráneo de Plata”?

— ¡Cielos, no!

—Sí, Conrad. Ahora he sido informada de ello, por el propio jefe. Juraría que conozco la voz del hombre que rige a esta gente, pero no sé de qué...

— ¿Ha visto a “Cráneo de Plata”?

—Oh, sí. Es un encapuchado como los demás, con esa horrible máscara plateada. Me ha contado cómo Howard Clayton, amante de emociones fuertes, creó esta secta de forajidos. Era un “snob” peligroso, y quiso crear un juego siniestro. No tuvo fuerza para controlar el mal, una vez desarrollado. Lo que su dinero empezó a organizar, pronto le devoró a él mismo. Su primitivo grupo delictivo fue arrollado por nuevos piratas que utilizaban su mismo truco de la máscara de plata. Le robaron una fortuna. Suya, y de otros botines. Con ello la nueva secta del “Cráneo de Plata” se fortaleció. Al menos Clayton no mataba a sus víctimas. Se limitaba a utilizar el gas paralizador que han utilizado ahora con usted y anteriormente conmigo. El nuevo jefe es mucho más feroz y sanguinario. Parece odiar a la Humanidad entera. La orden suya es destruirlo todo, aniquilar a la ley y a la justicia, que según él son pura farsa, inútil y torpe.

—Todo eso es muy interesante. Siga, Shady, por favor. ¿Qué más le ha dicho?

—Poco más! Desde que los falsos Lyman y Russell me secuestraron, llevándome a una nave del “Cráneo de Plata”, solamente he vistos dos veces al jefe supremo de esta gente. Habla mucho, se

envanece de sus propias glorias y de su inteligencia superior, que considera imbatible. Desafía al mundo, diciéndole claramente dónde se halla, al ocupar la Isla del Cráneo, y nadie lo sabe. Por Lyman y Russell, es decir, por los falsos detectives, pudo anticiparse y matar a Van Druten. Y atacarle a usted en su viaje a Puerto Diablo. He tenido una gran alegría al ver que ese ataque no surtió efecto y usted aún vive.

—Gracias, Shady. ¿Así Van Druten sabía que su ex jefe, Howard Clayton, había sido jefe del “Cráneo de Plata”? ¿Por eso le mataron?

— Sí. Al parecer, Clayton sospechaba algo, y un día le reveló, a Rundstein sus ideas al respecto. Rundstein cuidó de comprobar esas sospechas, y se encontró con la verdad. Supo quién era el jefe supremo de los nuevos “Cráneos de Plata”, y quiso revelarlo por una cantidad de dinero que le resolviera definitivamente la vida.

— Y sólo resolvió su muerte...—meditó Conrad—. ¿Por qué matarían luego a Clayton?

—Seguramente para evitar que siguiera albergando sospechas, que se diese cuenta de que Rundstein se basó en sus propios recelos para averiguar la peligrosa verdad. Y tal vez, también, para, de este modo, aniquilar al fracasado fundador de los piratas de la capucha de plata.

—El banquero Clayton ya no podrá ser juzgado por los hombres, por su estúpido delito de crear una fuerza perversa. Ahora es otro Tribunal el que le juzgará... Shady, tenemos que salir de aquí, o seremos muertos por esta gente. Ahora que usted me ha revelado todos los detalles que ha llegado a conocer, los aplico a mis propios conocimientos...

— sonrió—. Y encuentro en seguida el nombre del jefe supremo de los “cráneos de plata”.

— ¡Dios mío, no...! — susurró Shady McDuff—.

—Es posible. Y, por si quiere saber a qué atenerse, le diré que hice avisar a mi jefe, Donald Callowan, del lugar adonde me dirigía si algo llegaba a ocurrirme.

—Eso nos da una remota esperanza, si él no se arriesga a venir solo...

—Callowan no caerá en la trampa tan ingenuamente como yo. Es un viejo zorro, Shady. Pero lo malo es que, a pesar de todo, no vendrá.

— ¿Eh? ¿Pero no ha dicho...?

—Sí, lo he dicho. Sin embargo, estamos a merced total del “Cráneo de Plata”. Porque yo di el encargo a Homero Lunden,

— ¿Y cree que no dará el mensaje a Callowan?

—No creo eso. Lo que ocurre es que Homero Lunden es el jefe supremo del “Cráneo de Plata”...

A sus espaldas, una voz sonó untuosa,

—Es usted muy inteligente, Aldo Conrad. Lástima que la inteligencia, aquí, tenga como único premio la muerte...

CAPÍTULO X

“CRÁNEO DE PLATA”



ONRAD y SHADY se volvieron. Instintivamente, la joven buscó la protección varonil, refugiándose tras la corpulenta, atlética figura de Aldo Conrad.

Frente a, ellos, enmarcado por la puerta de acceso a la celda cuadrangular, se hallaba el enmascarado de plata más terrorífico que podía imaginarse. Negro el cuerpo por la ceñida malla de caucho refractario, y convertida la cabeza en un pelado cráneo de plata, tal era el efecto de la ceñidísima y recia capucha de goma plateada.

La puerta se cerró a espaldas del jefe supremo de la banda. Su mano enguantada esgrimía una pistola de carga corrosiva. Conrad la contempló fijamente.

—Con esa pistola mató a Clayton, a Van Druten..., ¿no es eso, Homero?

El enmascarado asintió con su espantosa cabeza.

—¿Cómo ha llegado a la asombrosa conclusión de que yo, pobre víctima real de los encapuchados, escoria humana a quien nadie prestaba atención, era el jefe de esta poderosa organización? Tengo curiosidad por saberlo, Conrad...

—No era difícil, si existían dos grupos de piratas diferentes.

Recuerdo que he hablado a veces del contraste entre los métodos incruentos de los que le atacaron a usted, desvainándole, y los que ahora accionaban en el espacio. El hecho de que Howard Clayton, por puro “sport”, formara una banda de piratas del aire, poniendo su dinero en el peligroso juego, y luego otra organización más poderosa realizara delitos feroces, atribuidos a él y su gente, me dio la pista. Usted, Homero, fue ciertamente desvalijado. Pero no se hundió en su derrota, como parecía. Había aprendido algo. Era fácil ganar dinero..., robándose a los demás. Y también quería vengarse de quienes le dejaron sin su mineral. En vez de dedicarse a beber por las tabernas de Puerto Diablo, como todos creían y usted cuidó de aparentar, reunió a gentes de la peor especie, y les expuso su plan. El primer paso fue hacer chantaje a Clayton, cuando usted descubrió, quizá por confidencias de asalariados suyos, que él era el organizador del juego. Empezó a obtener dinero y llevó a cabo su proyecto. Luego, de los grandes robos, llegaron los fondos fabulosos para su flotilla de naves del espacio, para su sistema poderoso de lucha. Robó armas, mató y destruyó sin piedad. Sobre todas las cosas, quería mofarse, abofetear a la ley y la justicia, que tan poco había hecho por usted cuando solicitó su concurso. Y, al mismo tiempo, subió y subió, como superhombre del crimen. El juego de las capuchas de plata era espectacular y provocaba terror en sus víctimas. Además resultaba ideal para mantenerle en el anónimo, con respecto a sus hombres y a todo el mundo. Siempre se quedaba en la sombra.

—Todo está muy bien. ¿Qué más, Conrad? Me gusta oírle referir mi propia historia, con tanta fidelidad casi, como si la hubiera vivido usted mismo. Siga...

—Suya fue la idea de situar aquí la base secreta de partida. Un lugar poco frecuentado, nada podríamos decir, y un desafío a la sagacidad ajena, al utilizar un cráneo vacío de piedra, el cráter de este volcán apagado, para establecer su guarida y el campo de aterrizaje y despegue de sus astronaves siniestras. Por eso siempre se perdía todo rastro. Un sistema de magnetismo y de rayos paralizantes son su defensa, en caso de emergencia. Yo mismo lo he comprobado. Poca gente, excepto usted mismo, buen conocedor de estos lugares, sabía el nombre real de la isla. Y usted mismo, divirtiéndose a mi costa, me envía a una trampa mortal, al señalarme la isla de un modo que me haga picar tan dorado cebo. Yo acudo a la ratonera, y usted se ríe de mí. Ya tiene cazados a sus peores enemigos. Sólo queda Callowan, mi jefe. A usted le hubiera gustado que viniese conmigo al volcán, pero no puede insistir sobre eso, o resultaría sospechoso. Y siendo usted el único en conocer mi destino, nadie va a saberlo, porque usted jamás dará el informe. Eliminado el agente de la SIP Aldo Conrad, que tan de cerca le seguía los pasos, todo está mejor. Y el “Cráneo de Plata”

puede seguir aterrorizando al mundo, a los planetas, al espacio todo. Se crea más fuerte que nunca, más soberbio de lo que jamás fue, y supone que no tiene enemigo, que nadie puede vencerle, ¿verdad, Homero?

—Habla demasiado ya, Conrad — silabeó fríamente el jefe del “Cráneo de Plata”—. He venido a matarle. A usted y a la chica.

— ¿Tan pronto? ¿Por qué, Homero?

—Porque al identificarme, usted mismo ha firmado su sentencia de muerte.

—No voy a poder decírselo a nadie, aquí metido...

—Podría decírselo a mis hombres, y eso sería bastante. Nadie debe saber quién soy yo, ni siquiera mi organización. Los primeros esbirros que me ayudaron, y que sabían quién era... fueron ya oportunamente eliminados.

—Es usted un monstruo, Homero. Encontrará el justo pago a sus crímenes abominables. Pudo haber rehecho su vida, volviendo a trabajar honradamente, a buscar el mineral que era su destino auténtico. No convirtiéndose en una bestia infrahumana, Homero. ¡Yo sé que va a encontrar su justo final mucho antes de lo que cree!

El bandido rio tras la máscara sarcásticamente. Su mano armada avanzó ligeramente hacia ellos. Le apuntó. Shady McDuff gimió a flor de labio.

—Ya basta. Es usted quien está en el final, Conrad, y no yo...

Iba a disparar la mortífera arma sobre ellos.

Conrad sabía que lo haría. Entonces fue cuando oprimió una de las dos esferas diminutas, situadas en una oquedad de su dentadura, en un diente hueco que sirviera de escondite a las dos microscópicas piezas durante todo el proceso de su captura y registro minucioso.

Las esferas no eran metálicas, sino plásticas y antimagnéticas. De ahí que ningún detector, por sensible que fuese, registrara su presencia. Muchos espías y agentes secretos las utilizaron durante la última guerra mundial, en 1973. Ahora formaba parte del arsenal secreto de la SIP.

Se quebró sin ruido la esferilla, presionada por su dentadura. Pareció no suceder nada. Conrad había situado ya la esferilla, mientras entretenía con su charla a Homero Lunden, justamente bajo el diente que la mordió. Luego el efecto era fulminante.

Un vivo gesto de Conrad a Shady hizo comprender vagamente a ésta que iba a suceder algo, y contuvo el aliento, como hacía el propio Conrad. El hombre de la máscara plateada, el asesino de cuya identidad nadie había sospechado nunca, por estar fuera de todo

recolo, quiso disparar su arma corrosiva sobre Conrad.

Algo extraño le sucedió. Su voz balbuceó algo, y gritó con voz aguda:

— ¡Mis ojos! ¡No veo..., no veo!

Conrad sonrió. El gas letal, que al contacto con la saliva brotaba al exterior, producía la parálisis de ciertos nervios, nada más ser aspirado. Entre ellos el óptico. También sus manos parecían agarrotadas. Dejaron escapar la pistola...

Rápido, sin respirar en absoluto, Conrad se abalanzó sobre él y le golpeó.

Fueron dos secos e implacables mazazos al rostro. La máscara de plata no le sirvió de nada. Rodó por tierra, inconsciente, con un gemido ronco. Aldo corrió a tomar la pistola corrosiva. Estiró su mano hacia Shady, indicándole que se apresurase.

Iban a intentar la fuga. Ahora o nunca. No podían permitirse el lujo de esperar.

Se acercaron al muro. Shady, también sin respirar, le miraba con ojos dilatados, atónitos. No era capaz de comprender cómo había hecho Aldo el milagro. Cómo era posible que, de cautivos, se hubieran convertido en fugitivos armados, dispuestos a todo.

Conrad llegó al muro por donde apareciera el encapuchado jefe. No necesitó buscar resorte alguno. Desde el exterior, alguien accionó uno, al sentir los pasos junto a la pared. Conrad oteó el exterior, tenuemente alumbrado.

Un encapuchado de plata se encontró, de súbito, frente a Aldo Conrad y la muchacha. Quiso volver a cerrar con celeridad, mientras buscaba un arma en su cintura.

Aldo le impidió ambas cosas. Disparó sobre él sin la menor compasión. Vio volar su cabeza y su capucha de plata, disueltas por el proyectil corrosivo y silencioso. Su horrible estertor se cortó, aun antes de caer el otro a tierra.

Una vez fuera, les fue posible renovar el aire de sus pulmones. El gas era ya inofensivo por completo. Corrieron pasillo adelante. Conrad llevaba de la mano a Shady.

Ella se detuvo lo justo para tomar el arma del hombre muerto en el pasillo.

—Lucharemos los dos, Conrad — dijo, sin dejar de correr junto al joven—. Ya sabe que no soy una mojigata...

—Sería lo último que se me ocurriese pensar de usted— declaró Aldo, risueño. Más grave, añadió—: No sé hasta dónde lograremos abrírnos paso, Shady. Ocurra lo que ocurra, hemos de luchar hasta

morir. Todo, antes que permitir que nos den de nuevo. Ya sabemos que no se puede esperar cuartel ni piedad por su parte.

— Entendido, Conrad. A vida o muerte. Estoy dispuesta.

—Buena chica — la contempló, admirativo —. ¡Vamos!

Siguieron a la carrera. Al virar un recodo del largo corredor, se encontraron frente a dos guardianes armados, ambos con capucha plateada. Se quedaron tan asombrados al encontrarse con los dos fugitivos, que tardaron un par de segundos en reaccionar.

Conrad y ella no vacilaron un solo instante. Sus dos armas llamaron silenciosamente. Las balas alcanzaron a los encapuchados. Uno se abatió, con la cabeza desintegrada. El otro recibió una carga electrónica del arma de Shady, y pereció carbonizado.

Ambos jóvenes siguieron adelante, corriendo dos titanes, resueltos a abrirse paso desesperada, violentamente, contra todos los peligros y adversidades...

Alcanzaron un nuevo corredor, largo y amplio. Se lanzaron por él. Era una escapatoria a ciegas, en el mundo subterráneo del cráter, en el dédalo laberíntico de galerías. Dentro de poco, se recuperaría Homero Lunden, dando la voz de alarma a toda la Base. Y sería imposible salir de allí con vida...

De súbito, frente a ellos, al doblar una esquina, terminó el corredor... en una amplísima pista subterránea, crudamente iluminada... en la que, bajo una enorme bóveda de plástico luminiscente, se alineaban hasta una docena de grandes naves negras, con el cráneo plateado en el fuselaje... y su propio vehículo monoplaça, con las siglas de la SIP sobre el escarlata de brillante metal.

Era el campo de aterrizaje de los "cráneos plateados". Aldo lanzó un ronco grito de júbilo... que se ahogó en el acto, cuando Shady gritó, desesperada, señalando a un punto de la gran pista:

— ¡Mire, Conrad! ¡Allí...!

Giró la cabeza. Toda su anterior y fugaz esperanza se diluyó. El desaliento se apoderó de él. Clavó su mirada desesperada, furiosa, en el grupo denso de encapuchados que corría hacia ellos. Eran veinte o treinta bandidos de cráneo plateado, como un alud de monstruos lanzados desde las entrañas de la Tierra para impedir su escapatoria.

—Bueno, Shady, llegó el momento de luchar... y de morir— suspiró Conrad, sereno. Le sonrió, alentador—. Lo siento, pequeña. De haber salido con vida, me hubiese atrevido a pedir su mano un día.

Y no por su dinero. No me gusta el dinero. Es usted quien me gustaba... para esposa.

—Oh, Conrad, cabezota — musitó ella, apagadamente. Le miró con ternura y emoción. Se apretó más a él—. Siempre esperas a que sea demasiado tarde para decir cosas tan bonitas como esa. Yo te hubiera dicho que sí... y papá también. Le fuiste muy simpático... ¡Lástima que todo eso... termine aquí! Adiós, Aldo. Te quiero...

—Te quiero, Shady... — recitó él, como un eco.

Levantaron sus armas. Los encapuchados se dispusieron a abrirse en abanico, para barrerles con sus poderosas armas ligeras.

A pesar de todo su heroísmo, era el fin...

* * *

Fue como si una mano poderosa desgarrase el techo de plástico luminoso. Un impacto horrrísono, llameante y estremecedor, llegó hasta la pista, tras destrozarse la magnífica bóveda. Una de las naves, alcanzada por el proyectil poderoso, se abrió como un fruto maduro, reventó su metal, y salpicó de metralla ardiente a los encapuchados, que se dispersaron vertiginosamente, desconcertados. Tres o cuatro quedaron en tierra, revolcándose, terriblemente mutilados.

Siguió un silencio estupefacto, durante el cual ni los piratas ni Aldo y Shady fueron capaces de reaccionar. Después, unos potentes altavoces comenzaron a difundir por el interior del cráter la voz potente de alguien. De una persona a quien Aldo reconoció en el acto:

— ¡Atención, piratas del “Cráneo de Plata”, atención! ¡Estáis acorralados! ¡Vuestra isla maldita se halla cercada de naves marítimas y aéreas! Os tenemos sometidos a fuego atómico, y destruiremos totalmente esa isla si antes de cinco minutos no se rinden todos... y devolvéis a los presos que están en vuestro poder. ¡Atención todos! ¡Ultimátum de la SIP para “Cráneo de Plata”! ¡Disponemos de naves antimagnéticas! ¡No podéis atraerlas, ni sois capaces de resistir un bombardeo nuclear antimagnético! ¡Estáis perdidos!

Un clamor de pánico se elevó de los acosados piratas. Aldo y Shady se miraron entre sí. El joven murmuró:

—Ese hombre que habla... ¿es Donald Callowan, mi jefe!

—Bendito sea tu Jefe, Aldo. Jamás una voz me pareció tan bonita...

—Vamos a lanzar la segunda pieza nuclear. Será la última de aviso — prosiguió por los altavoces la voz de Callowan, llegando desde el exterior —. Y luego, pasados cinco minutos de plazo... ¡seréis aplastados ahí dentro!

Un estallido terrible desgajó por completo la cúpula. Ahora, dos de las naves piratas se abrieron, desbarradas, reventadas en mil

pedazos. El suelo se resquebrajó, derrumbáronse instalaciones y luces.

El terror se apoderó de los piratas. Uno de ellos corrió hacia una cabina de control, situada al fondo de la pista subterránea. Iba gritando:

— ¡Nos rendimos, nos rendimos! ¡Radiad la rendición... o nos destruirán!

Conrad sonrió, radiante. Su mano armada bajó lentamente.

Shady, convulsa de emoción, se apretó contra su pecho, refugiándose entre sus fuertes, musculosos brazos.

— ¡Oh, Aldo, es maravilloso!—musitó—, ¡Maravilloso!... Estamos salvados...

* * *

—Estamos salvados... y se terminó la amenaza del “Cráneo de Plata” — suspiró Aldo Conrad, echando una última mirada a la Isla del Cráneo, cercada de naves espaciales y marítimas, con el emblema de la SIP o de las Fuerzas de Seguridad Internacional. Luego miró de soslayo a Donald Callowan, que sonreía, tripulando su nave, con un cigarro entre los dientes —. ¿Cómo diablos pudo hacer esto, señor?

—Mi querido Conrad, tiene que aprender muchas cosas de mí — rio Callowan.— ¿Cree que iba a dejarle sin vigilancia, en Puerto Diablo, conociendo la diabólica astucia de nuestros enemigos? Ciertamente que no. Situé un detector antimagnético en su cohete, por si era aprehendido o se metía en líos, y seguía su control a distancia, con toda fidelidad. Cuando capté su vuelo, y descubrí que el detector señalaba descenso obligatorio y, finalmente, detención en algún punto subterráneo, traté de localizarle, mientras movilizaba todas las fuerzas posibles. Su detector nos había dado la situación exacta. Localicé la Isla del Cráter. Observé su curiosa forma y até cabos. Era fácil suponer que usaban magnetismo electrónico para atraerle contra su voluntad. Neutralizamos ese sistema detector con equipos antimagnéticos de gran potencia. Y cuando quisieron darse cuenta, estaban cercados y vencidos...

Conrad asintió, pensativo. Echó una ojeada atrás, a la figura ligada e impotente de Homero Lunden. El anciano maligno les contemplaba con ojos demoniacos, feroces. Pero estaba vencido y lo sabía. Ahora pagaría sus crímenes. Abajo, en la Isla del Cráter, sus hombres, su flotilla de piratas del espacio, su fortuna acumulada, todo se había venido abajo. La SIP y la Seguridad Mundial estaban limpiando a fondo el interior del volcán.

—Es usted magnífico, señor — comentó Aldo—. Le debemos la vida... y tal vez mucho más aún.

—Creo que le entiendo, Conrad — refunfuñó Callowan—. Siempre me ocurre igual. Todos mis mejores agentes causan baja a la larga... por culpa de Eva... Casi hubiera sido mejor dejarle ahí abajo...

Luego, contempló a Shady McDuff, que reía feliz, sentada junto a Aldo Conrad, a bordo de la nave y añadió, con aire más apacible y risueño:

—Bueno, después de todo, tal vez sea mejor así. Su heroísmo y valor en este caso merecen su premio. Y la señorita McDuff es tan bonita... que constituye el mejor premio, muchacho. Espero que me inviten a la boda...

No añadió más. Después de todo, ni Aldo ni ella la escuchaban. Estaban demasiado ocupados mirándose a los ojos.



UN REGALO DE HORAS FELICES

GENTE ALEGRE

Del gran escritor americano

ROBERT TALLANT

La absurda y un tanto obesa señora Candy, el tímido e Inocente señor Petit, los turbulentos Blanche y Eddie y el imponderable fantasma del señor Candy son personajes que bajo el irisado prisma de un humor brillante y efectivo, desfilarán para usted en las alegres páginas de este magnífico volumen.

ASÍ QUE LO HAYA USTED LEIDO, LA VIDA LE PARECERA MAS ALEGRE. EL CIELO MAS AZUL, LAS FLORES MÁS FRAGRANTES Y SU VECINA MAS GUAPA.

No importa que ría usted con risa de conejo...

SI SE RIE USTED CON ESTE DIVERTIDO LIBRO...
¡TODAS LAS RISAS SON BUENAS!

Precio: 60'— ptas.

Es una selección literaria de
EDICIONES TORAY, S. A.



**¡LA RISA TONIFICA,
pero,
LA SONRISA
ENGENDRA
OPTIMISMO!**

EL BEBE Y EL ACORAZADO

La original novela de ANTHONY THORNE ha cobrado vida cinematográfica, animada en los principales personajes por JOHN MILLS, RICHARD ATTENBOROUGH, LISA GASTONI... y un rollizo y simpático BEBÉ de seis meses.

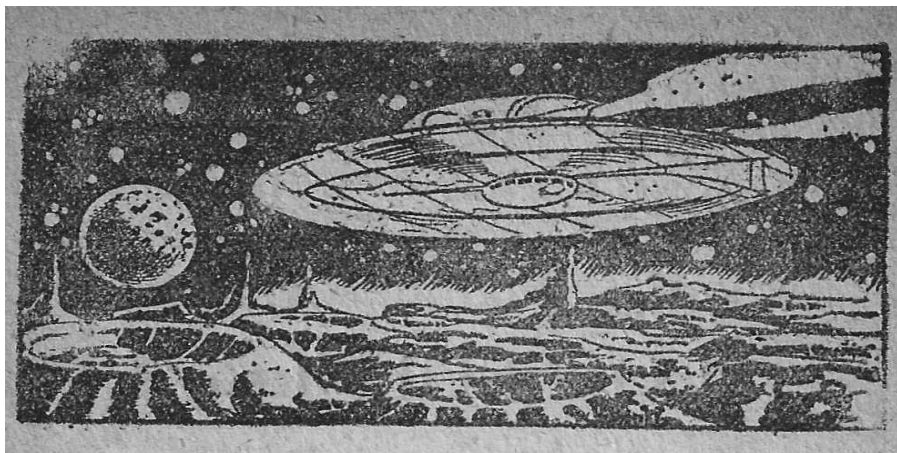
EL BEBE Y EL ACORAZADO

Cáustica muestra del humor inglés, salpicada a trechos con las más brillante e intencionada chispa latina, será publicada próximamente, por

EDICIONES TORAY, S. A.

¡un ramillete de sonrisas de
ternura y de regocijantes
situaciones!

INCLUDEPICTURE "../SIP21%20La%20Banda%20del%20Cerebro/
media/image19.jpeg" * MERGEFORMAT INCLUDEPICTURE "../
SIP21%20La%20Banda%20del%20Cerebro/media/image19.jpeg" *
MERGEFORMAT INCLUDEPICTURE "../SIP21%20La%20Banda
%20del%20Cerebro/media/image19.jpeg" * MERGEFORMAT
INCLUDEPICTURE "../SIP21%20La%20Banda%20del%20Cerebro/
media/image19.jpeg" * MERGEFORMAT INCLUDEPICTURE "../
SIP21%20La%20Banda%20del%20Cerebro/media/image19.jpeg" *
MERGEFORMAT INCLUDEPICTURE "../SIP21%20La%20Banda
%20del%20Cerebro/media/image19.jpeg" * MERGEFORMAT
INCLUDEPICTURE "../SIP21%20La%20Banda%20del%20Cerebro/
media/image19.jpeg" * MERGEFORMAT INCLUDEPICTURE "../
SIP21%20La%20Banda%20del%20Cerebro/media/image19.jpeg" *
MERGEFORMAT



¿LE GUSTARIA A USTED EXISTIR DENTRO DE CIEN,
DOSCIENTOS O TRESCIENTOS ANOS?

Sería fascinante, ¿no es cierto?

El medio de realizar este maravilloso sueño y de vivir AHORA
los prodigiosos hechos que conocerán las futuras generaciones,
se lo brinda la famosa

Colección E S P A C I O

Un mundo nuevo, atrayente y desconocido se abrirá para usted
en cada uno de sus impresionantes relatos.

Colección E S P A C I O

Cada título es la intrigante y humana aventura de unos hombres que todavía no han nacido, en el marco incomparable de esos ignotos mundos, de los cuales, hasta hoy, sólo ha llegado hasta nosotros como un mensaje indescifrable, el parpadeante destello de su remota y misteriosa luz.

¡SI DE VERAS QUIERE USTED GOZAR DE EMOCIONES NUEVAS Y SOBRECOPEDORAS, ADQUIERA TODOS LOS VOLÚMENES DE ESTA PRODIGIOSA Y ELECTRIZANTE COLECCIÓN!

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 16.— Asesino télépata.— *W. Sampas*
- 17.— Simbiota criminal.— *Alan Star*
- 18.— El imperio de la muerte.— *W. Sampas*
- 19.— El continente maldito.— *Alan Star*
- 20.— Raptos espaciales.— *W. Sampas*
- 21.— La banda del cerebro.— *W. Sampas*
- 22.— Sindicato de bandidos.— *W. Sampas*
- 23.— Agente espacial.— *Alan Star*
- 24.— Asalto al heliexpreso.— *W. Sampas*
- 25.— Primera misión.— *W. Sampas*
- 26.— ¡Miedo en la SIP!— *Alan Comet*
- 27.— Fábrica de asesinos.— *W. Sampas*
- 28.— Virus mortal.— *Alan Star*
- 29.— Prueba de sangre.— *W. Sampas*
- 30.— Ídolos de barro.— *Alan Star*
- 31.— Hermandad negra.— *Johnny Garland*
- 32.— Tongo, ciudad podrida.— *W. Sampas*
- 33.— Emisión de muerte.— *W. Sampas*
- 34.— La peste dorada.— *Johnny Garland*
- 35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
- 36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
- 37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
- 38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
- 39.— ¡Muerte fosforescente!— *Johnny Garland*
- 40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
- 41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Había desaparecido un agente y Pa
a buscarlo. ¿Dónde? ¡A UN VERDADE
FIERNO!

REJAS DE AREN

Una novela de ALAN STAR que l
gustiado y de un tirón del principio al fin

S.I.P. SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6P

En Arg

[[←1](#)]

(?) «Peste Dorada» es uno de los títulos de la Colección SIP, anteriormente publicado.